
BOLSILIBROS
TERROR
SERIE
SELECCION TERROR
Selección
TERROR
LADY FRANKENSTEIN
CURTIS GARLAND

Estaba amaneciendo.

Era un frío y lívido amanecer. El cielo tenía matices agrios, en la distancia, sobre los tejados de Londres.

Un reloj desgranó unas cuantas campanadas que sonaron lúgubres, como tañendo a difuntos. Fueron seis. Seis campanadas rotundas, que rebotaron en las piedras húmedas, con ecos sombríos.

Las seis. Era la hora señalada. La hora de morir.



Curtis Garland

Lady Frankenstein

Bolsilibros: Selección Terror - 98

ePub r1.0

xico_weno 06.09.15

Título original: *Lady Frankenstein*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

El título puede prestarse a equívoco, y más aún con ciertos personajes que aparecen, luego, en el relato. Pero, ciertamente, nada más lejos de la imaginación del autor, que ceñirse a posibles influencias del relato original de Mary W. Shelley.

Esta historia es, por el contrario, un episodio totalmente diferente, basado en un personaje de Frankenstein que tampoco se asemeja al original, y sobre el que el autor ha vertido nuevas facetas de personalidad y motivaciones.

Al ser Frankenstein un personaje totalmente de ficción, cada autor, incluso en el cine, le ha dado una personalidad especial y diferente, sin tener por qué atenerse a la del relato original, donde las reacciones y motivos de ese médico suizo, eran mucho más humanas y comprensibles que la de otros Frankenstein creados luego por el cine británico o por otros autores que siguieron la línea del relato y de sus héroes, más o menos cambiados y alterados en su fisonomía propia.

Aparte ese detalle, la obra respeta, cuando menos, un rasgo peculiar del personaje ideado por la esposa del poeta Shelley: su afición a la biología; a la creación de formas de vida prohibidas para el ser humano, y que sólo al Creador corresponde modelar…

C. G.

PRIMERA PARTE

LA EJECUTADA

Bajo la luz escasa y amarillenta de la luna, que se filtraba por las hendiduras de las contraventanas, vi al desventurado, al miserable monstruo que había creado. Había entreabierto las cortinas que rodeaban la cama y me miraba fijamente. Abrió la boca y musitó algunos sonidos inarticulados, mientras trataba de sonreír. Es posible que haya hablado, pero yo no le oí; una de sus manos se había tendido hacia mí…

Mary W. Shelley. Frankenstein

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba amaneciendo.

Era un frío y lívido amanecer. El cielo tenía matices agrios, en la distancia, sobre los tejados de Londres.

Un reloj desgranó unas cuantas campanadas que sonaron lúgubres, como tañendo a difuntos. Fueron seis. Seis campanadas rotundas, que rebotaron en las piedras húmedas, con ecos sombríos.

Las seis. Era la hora señalada. La hora de morir.

Ella se irguió. Los ojos serenos, helados, miraron el filo acerado de la luz matinal, a través de la abertura enrejada de su celda. Apretó los labios. Respiró hondo.

Sonaron pasos en el corredor. Pasos firmes, secos, breves. Una lámpara osciló en manos de alguien, produciendo un grotesco bailoteo de sombras en los muros mojados por la humedad crónica del sombrío edificio.

—Es la hora, señora —dijo el celador.

—Lo sé —afirmó ella, calmosa—. He oído las campanadas.

—Creí que dormiría…

—No dormía. No he dormido en toda la noche —replicó ella—. Creo que me sobrará tiempo para dormir… sin despertar jamás.

El celador no dijo nada. Se limitó a inclinar la cabeza, humedeciendo sus labios. Tras él, se veía a dos guardianes armados, montando guardia en el acceso al exterior de la prisión. Entre ellos, el reverendo agitó sus negras ropas, acercándose a la celda con los Evangelios en la mano.

—Hija mía, espero que la palabra del Señor conforte tus últimos momentos y permita…

—Reverendo, pierde su tiempo —cortó ella, glacial—. No necesito su ayuda.

—Pero, hijo, se trata de tu alma… argumentó el sacerdote, dolorosamente sorprendido.

—Mi alma está condenada en tan alto grado como yo misma —replicó ella, con una ronca carcajada—. Deje que mi cuerpo y mi alma viajen juntos hacia el infierno. Después de todo, es lo que se merecen.

—El Señor, en su misericordia infinita, puede aún…

—No, reverendo. No insista —su tono era desabrido—, lo prefiero así. Aún soy dueña de mis actos, mal que le pese a la Justicia. Aún puedo decidir por mí misma. No quiero agradecer nada a nadie. Ni a los servidores de la Justicia humana… ni a los de la divina.

—Rezaré por ti, cuando menos —suspiró el sacerdote, abriendo sus Evangelios.

—Eso no puedo evitarlo —dijo ella, con fría altivez—. Pero no creo que le sirva de gran cosa. Voy a la horca por mis crímenes. Admití siempre haberlos cometido. No me arrepiento de ellos. Soy una asesina, y lo admito. Me siento orgullosa de serlo. Creo que el Mal es mi única ciencia, y la estudié a fondo. Estoy harta de las personas honradas, honestas, buenas y afables. Estoy harta de ver piedad, compasión o ternura en los demás. Son unos hipócritas. No sienten nada de eso, pero queda bien fingirlo, y les hace sentirse mejores, aunque todos y cada uno de ellos haría lo mismo que hice yo… si no fuera porque tienen miedo. Miedo a la Justicia, miedo a los jueces, miedo a morir. E incluso miedo a Dios, reverendo.

—Es bueno tener miedo, a veces, hija mía —sentenció el reverendo Dobson—. Es humano. Y evita muchas cosas que quizá nuestra conciencia no bastara a frenar…

—Conciencia, miedo, humanidad… —la carcajada breve y dura de ella, pareció estrellarse en los muros de piedra y rebotar acremente hacia los demás—. Tópicos, reverendo. Nunca he creído en nada. Prefiero morir sin creer. Es el mejor modo de ir al infierno, y ése es el lugar que me corresponde. Lo acepto, no me asusta. ¿Qué más puede pedírseme?

—Hija mía, sé que es la ira y la desesperación las que hablan por ti —musitó el religioso—. Sólo espero que, pese a todo, el Señor te comprenda y te disculpe…

Se alejó musitando oraciones entre dientes. La condenada sonrió, imperturbable. Sonreía, camino de la salida al patio donde se alzaba la horca.

Sonriendo subió al patíbulo, donde esperaba el verdugo encapuchado. Y sonriendo colgó de la soga que terminó con su vida, justamente cuando el reloj desgranaba la primera campanada de los cuartos.

Eran, justamente, las seis y quince minutos de aquel sombrío día de setiembre de 1890.

Lady Jane Charity Brown había sido ejecutada, convicta y confesa de cinco asesinatos, cometidos premeditadamente y a sangre fría. Para tener solamente veintitrés años cuando su cuello fue rodeado por la soga del cadalso, era indudablemente una buena carrera criminal la suya.

Ni siquiera murió arrepentida o regenerada. Su sonrisa, al abrirse la escotilla del patíbulo, ere tan fría, desdeñosa y maligna, como lo fuera siempre. Pero también, como ocurriera antes en todo momento, esa sonrisa cruel, despiadada, no fue capaz de alterar en nada su increíble belleza.

Ni aún la muerte pudo alterarla, cuando colgó de la horca. Seguía siendo una bellísima, impresionante mujer. Sólo que estaba muerta.

* * *

—Muerta…

—Sí, *sir* Lawrence. Ocurrió a las seis y quince minutos. El verdugo nunca espera…

—Lo entiendo —*sir* Lawrence Conway inclinó su rubia cabeza, profundamente abatido—. No me fue posible llegar antes, y lo lamento de veras. Supongo… supongo que toda su entereza se derrumbaría en ese horrible instante…

—¿La entereza de *lady* Jane Charity? —El funcionario de prisiones sacudió la cabeza, con un gesto expresivo—. Se equivoca, señor. Fue una mujer admirable. Me refiero a su comportamiento ante lo inevitable, claro está. Para nosotros, en este establecimiento, no cuenta lo que un condenado hizo antes de venir aquí. No reprochamos nada a nadie. Esto es su condena, su castigo. Vienen aquí, a pasar años y años de su vida, encerrados entre cuatro muros, o a ir a manos del verdugo, en el peor de los casos. No tenemos derecho a juzgar a quienes ya fueron juzgados. *Lady* Jane Charity se comportó digna, maravillosamente, hasta el último instante: ni una

queja, ni un desfallecimiento; ni una lágrima, o una protesta. Nada. Subió por su propio pie los escalones del cadalso y…

—¡No, por favor! —Cortó *sir* Lawrence, vivamente—. No siga, se lo ruego. Ella fue muy valiente, pero yo no lo sería tanto. Es mejor que no me dé más detalles.

—Perdóneme, *sir* Lawrence —el funcionario se mostró cohibido—. Supongo… supongo que viene usted a reclamar su… su cadáver, ¿no es cierto?

—¿Su cadáver? —El noble londinense enarcó las cejas, abriendo mucho los ojos—. ¡Cielos, no! ¿Por qué habría de hacerlo?

—Ella no tenía familia. Nadie ha reclamado aún, legalmente, su cuerpo, para darle sepultura. Si transcurridas veinticuatro horas, nadie lo hiciera, pasará a la fosa común de los condenados sin familia.

—Yo no soy familia suya. Iba a serlo, es cierto. Por fortuna, antes de nuestra boda se descubrió la verdad sobre ese monstruo… Bueno, quiero decir que *lady* Jane Charity fue desenmascarada como culpable de varios asesinatos y condenada a muerte por el tribunal de Old Bailey. Ya nada me liga a ella. Sólo vine por si… por si llegaba a tiempo de despedirme de ella.

—*Lady* Jane Charity preguntó por usted la víspera de la ejecución. Cuando le dijimos que nadie había pedido al alcaide, visitarla, se limitó a sonreír extrañamente, mover la cabeza y comentar algo así como: «Lo sabía. Siempre lo supe…». Luego, rió de un modo que helaba la sangre en las venas… y se sumió de nuevo en su silencio contemplativo, como ajena a lo que la esperaba sin remedio…

Sir Lawrence, pálido, se incorporó. El sudor mojaba su rostro ostensiblemente.

—Está bien —su mano tembló, al apoyarse en la mesa que le separaba del funcionario de prisiones—. Es todo lo que deseaba saber. Gracias.

—¿De veras no desea ocuparse usted de los oficios fúnebres por *lady* Jane Charity Brown? —indagó el empleado.

—¡No, no! —Rechazó *sir* Lawrence vivamente—. Hagan lo que prescribe el reglamento: sepúltenla en la fosa común de los condenados…

—Faltan aún varias horas para el plazo legal —suspiró el

funcionario, consultando el reloj mural—. Sólo una vez vencido, si nadie se ha presentado con tal intención, será inhumada en ese lugar.

—Nadie se presentará, esté seguro —dijo *sir* Lawrence, camino ya de la salida, enjugándose el sudor con un pañuelo—. Ella no tenía familia. Ni amigos. No tenía a nadie…

Salió, cerrando la pesada puerta tras de sí. Eran las tres de la tarde del día en que fuera ejecutada la hermosa criminal.

A las cinco y diez minutos, llegó la petición hasta el funcionario:

—Hay un caballero afuera —dijo uno de los celadores—. Trae una autorización judicial para hacerse cargo del cadáver de *lady* Jane Charity Brown. Él se ocupará de su funeral, dado, la ausencia de familiares o parientes de la ajusticiada…

Tendió un documento sellado judicialmente, y el empleado de prisiones lo leyó atentamente, comprobando sus sellos y firmas, de modo riguroso. Luego, leyó el nombre del que se ocuparía de los trámites de rigor para inhumar en lugar sagrado el cadáver de la bellísima y enigmática criminal:

—Vaya, si se trata de un médico… —comentó, frotándose el mentón—. Doctor… doctor Viktor Frankenstein… de Ginebra, Suiza.

* * *

—Destino. Ginebra, Suiza. Doctor Viktor Frankenstein.

Selló el funcionario el permiso correspondiente, y selló, asimismo, el desagradable embalaje que cargaban al vagón del ferrocarril.

Era obvio que al funcionario no le complacía demasiado la naturaleza de aquella remesa. Tampoco a los empleados del mercancías, que cargaron el féretro en el furgón con expresión aprensiva, situándolo en el rincón más alejado del mismo, totalmente solitario y sin ningún otro embalaje cerca.

Aquel convoy llevaría el cuerpo hasta Dover, donde sería embarcado con destino a Francia. El resto del viaje transcurriría, naturalmente, por Europa, y ello parecía complacer a los funcionarios británicos de la policía. Nunca es agradable un envío fúnebre, pero menos aún cuando ese envío es el de una mujer ajusticiada por asesinato.

Lady Jane Charity Brown partía hacia su lejano destino, reclamada por alguien que nadie había previsto que la pudiera reclamar. Una persona que vivía demasiado lejos de Londres.

—Tal vez sea un viejo amigo de la dama —comentó alguien, con humor tétrico—. El pobre no sabe de la que se libró… Porque si hubiera vivido lo suficiente para reunirse con él en vida, hubiera pasado a engrosar la lista de sus víctimas, sin duda alguna.

—Lo curioso es que la asesina tenía joyas valiosas —comentó un empleado de la Morgue—. Y que, en su última voluntad, expuso su deseo de no separarse de ellas, jamás.

—¿Ni aun después de muerta? —Se sorprendió el funcionario de policía que acababa de autorizar la subida del féretro al vagón ferroviario.

—Ni aun entonces. Ha sido encerrada en ese ataúd, con todas sus joyas. Una pequeña fortuna en oro, plata y piedras preciosas, puede creerme. La última voluntad de una persona, incluso de una criminal condenada a la horca, se respeta siempre.

—Sí, es evidente —admitió el policía, encogiéndose de hombros.

Dos de los mozos que subieran el féretro al vagón, cambiaron una mirada extraña al escuchar esas palabras de los funcionarios oficiales. Acababan de limpiar sus manos, como queriendo quitar de ellas hasta el polvo del féretro. Ahora, de repente, parecían sumamente interesados por lo que dijeran los hombres que les hicieron entrega de la fúnebre carga.

E incluso giraron la cabeza mirando pensativos, como presa de un común pensamiento escondido, a la forma oblonga y negra depositada en el fondo del vagón de carga.

Un destello malévolo asomó a sus ojos estrechos. Los rostros anchos, vulgares y toscos, reflejaron una cierta tensión, y sus mejillas enrojecieron vivamente. Pero ninguno de ellos dijo nada. El tren partiría en breve de Londres, llevándose el cuerpo de una famosa y bella asesina en uno de sus vagones.

De momento, eso parecía todo. Y en sí, no tenía nada de notable o inquietante, salvo lo que puede producir siempre en las personas la presencia de la muerte.

* * *

Sir Lawrence Conway pestañeó, sorprendido.

—¿Ha dicho… doctor Frankenstein? ¿Viktor Frankenstein?

—Sí, exactamente. Eso es lo que dije, *sir* Lawrence.

El joven aristócrata se frotó el mentón, pensativo. Luego, sacudió la cabeza.

—Ignoraba que ella tuviera amigos en Suiza. Y menos, un amigo lo bastante importante como para preocuparse de su cuerpo y gastarse una fortuna en semejante traslado. La verdad, no lo entiendo muy bien…

El funcionario de policía suspiró, haciendo un gesto de circunstancias.

—*Sir* Lawrence: Hemos consultado con las autoridades de Ginebra, y parece ser una persona cuya fama se halla fuera de toda duda. Es un médico de buena reputación en esa ciudad, y si él se ha hecho cargo de un cuerpo que nadie reclamaba, cubriendo todos los trámites legales para darle sepultura cristiana en un panteón familiar, en Suiza, no podíamos oponernos a ello, compréndalo.

—¡No, si eso, lo comprendo! —Suspiró *sir* Lawrence—. Lo que sucede es que me ha sorprendido bastante. Había tomado, al fin, la decisión caritativa de hacerme cargo de los funerales y hacer que esa desdichada reposara en tierra sagrada, con una tumba para ella sola, como hubiera tenido que hacerse con una persona como las demás. Pero en cierto modo, me alegro que sea así. Podrá creerme cuando le digo que la sociedad londinense ya ha hablado suficiente de mí con relación a este desagradable asunto. Todo el mundo decía antes que Jane Charity era un ángel. Ahora, que es un demonio. Así son las personas, amigo mío. Y parece como si uno tuviera la culpa de que hubiera podido engañarnos a todos con su dulce expresión, su belleza y su elegancia natural…

—Creo, *sir* Lawrence, que debe olvidarse de todo esto, y dejar que nosotros nos ocupemos de los trámites finales, hasta cerrar el asunto. Ahora, su prometida viaja hacia Dover en un tren de mercancías. Mañana estará en pleno Canal, camino del Continente… y en Inglaterra nos habremos librado ya, de todo trámite desagradable al respecto.

—Sí, comprendo, comprendo —murmuró *sir* Lawrence, pensativo.

Y salió de la oficina policial, tras dar las gracias al funcionario de Newgate, encaminándose a su carruaje negro, tirado por cuatro

hermosos caballos, y que esperaba a la puerta de la siniestra prisión londinense Cuando se alejó del edificio gris donde Jane Charity viviera sus últimos momentos hasta subir a la horca, la expresión de *sir* Lawrence no era, precisamente, la de un hombre que ha podido olvidar o que deja de preocuparse por un asunto.

CAPÍTULO II

Los blancos acantilados de Dover estaban ya cerca, cuando las siluetas se movieron subrepticiamente entre los embalajes y cajas que ocupaban el vagón.

En aquel vagón, cerrado y precintado, no tenía por qué haber nadie viajando, a menos que fuese un vagabundo de los que acostumbran tomar los trenes ingleses para trasladarse de un lugar a otro, sin pagar billete. Pero en este caso, ninguno de los dos hombres era realmente un vagabundo, aunque sus ropas fueran gastadas y humildes.

—Es su momento, Burke —sonó una voz apagada en las sombras —. Vamos ya. Si todo va bien, este convoy llegará a Dover dentro de dos horas. Debernos hacerlo cuanto antes. Y largamos de aquí, sin pérdida de tiempo.

—Si, Hoggart —convino el otro—. Vamos ya. ¿Todo a punto?

—Todo a punto.

—Adelante, pues.

Avanzaron sigilosos hacia la forma negra y oblonga. Sus manos temblaban ligeramente. Su mirada, en la penumbra del vagón, era incierta y medrosa. Pero se acercaban al féretro envuelto en tablas, con sellos y etiquetas que hablaban de su origen y de su destino: prisión de Newgate, Londres. Morgue oficial del Estado.

Y Viktor Frankenstein, médico, residente en Ginebra, Suiza.

Sellos y papeles que sólo significaban un tránsito hacia la Europa continental. Una mujer hermosa, una asesina ahorcada en Newgate, viajaba hacia su última morada situada en el Continente.

Hacia una tumba en Suiza. Demasiado lejos de Inglaterra, quizá, para una vulgar delincuente que llenó las crónicas de las páginas amarillas de la Prensa británica de finales de un siglo tan lleno de amarillas historias de sangre como la victoriana época que había conocido a ladrones de tumbas, asesinos sádicos y monstruos

humanos de todo tipo.

Pero un médico honorable, desde Suiza, la había reclamado. Y el cadáver de la ajusticiada viajaba hacia allá, en estos momentos. Dover era sólo un punto en su camino. Como lo era la costa francesa. Y luego otros puntos, hasta Ginebra…

Pero ahora, en pleno camino, un nuevo incidente iba a alterar el viaje póstumo de *lady* Jane Charity Brown: dos ladrones de cadáveres…

* * *

Hoggart y Burke, empleados ferroviarios en la estación de Londres, se detuvieron ante el féretro. Sus ojos tenían un brillo excitado, medroso.

—¿Y si no valiera la pena qué…? —Comenzó Hoggart, con voz ronca, quebrada.

—No seas idiota. Aquel hombre lo dijo. Y era funcionario de la policía.

—No sabemos exactamente lo que pueda llevar consigo ese… ese cuerpo —protestó Hoggart, indeciso.

—¿No leíste el *Mail*? Pendientes de oro y esmeraldas, brillantes, oro… De todo. Tenía en gran valor sus joyas, la fulana esa. Creo que había matado a varios hombres por llegar a poseerlas. Era una buena pieza.

—No hables así —se estremeció Hoggart—. Está… está ahí.

—¡Claro! —Rió Burke—. Pero está muerta. Y bien muerta, amigo. Los verdugos nunca fallan en esas cosas… Hay médicos que firman un certificado de defunción sin saber si su paciente está dormido o muerto. Pero un verdugo… nunca se equivoca en su tarea.

—No importa, Burke. Aunque esté muerta… no debes llamarla así. No está bien ofender a los difuntos. Creo que es suficiente con… con despojarle de todo lo que lleve encima de valor.

—Mientras no te pongas a llorar, cuando veas el cadáver y tengas que arrancarle los anillos a sus dedos helados; los pendientes a sus orejas rígidas y amarillentas…

—¡Calla, por todos los diablos! —Hoggart tragó saliva, y luego humedeció sus labios repetidamente—. ¡Vamos allá! Hagamos lo que sea… ¡y pronto!

—¡Claro! ¡Adelante con ello! —Sonrió Burke. Miró a la puerta de madera del vagón de mercancías—. ¿Está libre la salida, por si ocurriera lo peor?

—¿Qué… qué es lo peor? —dijo Hoggart, con ojos muy abiertos.

—Que la muerta resucite a nuestro contacto… y quiera clavarte las uñas frías en los ojos —soltó Burke una carcajada áspera y malsonante.

—¡Infiernos! Termina de decir tonterías… y acabemos con todo esto, lo antes posible, o te dejaré solo en el asunto —jadeó Hoggart, inclinándose y empezando a arrancar las tablas del envoltorio que formaba como una jaula de protección en torno al negro féretro barnizado. Sus manos temblaban ostensiblemente al hacerlo.

—¡Imbécil! —Masculló Burke—. Estás aquí por esas joyas, como yo. Sé que no te marcharás ahora, estando tan cerca el oro y las piedras preciosas de esa maldita mujerzuela…

Luego, se agachó, comenzando a ayudarle en la lúgubre tarea.

Por unos minutos, dentro del vagón de carga solamente se escuchaba el crujido de las tablas, desguazadas por las manos recias y velludas de los dos ferroviarios convertidos en ladrones de difuntos.

Después, fue un hierro, a guisa de palanca, forzando las cerraduras plateadas de la caja. Con una serie de bruscos chasquidos, la tapa cedió, finalmente, astillándose la cubierta negra, lustrosa.

Los dos hombres se miraron. Hoggart se enjugó el sudor. Burke chascó la lengua, frotándose el mentón, Su barba de varios días, rascó la mano, como papel de lija.

—¡Ya está! —dijo Hoggart, rota su voz.

—Bien. ¿A qué esperamos, entonces? —masculló Burke. Agitó su mano—. ¡Vamos, vamos! Esa fortuna nos está esperando ahí mismo… bajo esa simple tapa de madera…

Hoggart asintió. Las gotas de sudor cayeron de su frente, hasta empapar, incluso, sus mangas y el dorso de la mano. Estaba, tembloroso, angustiado incluso. Clavaba sus ojos en el ataúd.

La única claridad la prestaba una lámpara de aceite que Burke llevaba consigo y había encendido poco antes de iniciar la fractura del embalaje. Aquella débil llama amarillenta, se limitaba a proyectar unas sombras gigantescas en los muros de tablas en

movimiento. Trepidaba el convoy, saturado de olor a carbonilla y a madera vieja. Silbaba la locomotora en la noche, avanzando hacia Dover.

Y dentro del vagón, dos hombres sin escrúpulos, enfrentados a un envase oblongo, negro y siniestro: el lecho póstumo de una ejecutada.

Las sombras convertían los rostros sudorosos y torvos de ambos bribones en unas máscaras feas, repulsivas y malignas, como seres dantescos que flotaran en la masa de sombras. El único sonido, era el crujido de sus zapatos polvorientos, sobre el trepidar del convoy en marcha.

—¡Adelante! —Masculló Burke, apremiando a su compinche con un palmetazo—. Quiero ver cuanto antes esas maravillas… La difunta no podrá lucirlas demasiado ahí adentro…

Y con una risotada brusca, abrid la tapa con un empujón inesperado.

Hoggart se incorporó, sobresaltado, dilatando los ojos y conteniendo a duras penas un terrible grito de terror.

Desde su lecho de raso violeta, los ojos abiertos y fríos de la muerta, se fijaban en él con terrible expresión de acusación.

* * *

—¡Imbécil del demonio! —Refunfuñó con ira Burke, pegándole un empellón a su compinche—. ¿Es que no ves que sólo es una muerta?

—Sus ojos, Burke…

—¡Sus ojos se quedaron abiertos, eso es todo! Quizá se los cerraron después de la ejecución, pero se le abrieron otra vez. Ocurre a veces. También hay cuerpos que, al expulsar los gases, se incorporan y todo. Ten cuidado. Si se sienta en su ataúd, no es que resucite. Los muertos no resucitan. Ocurrirá que expulsó gases, eso es todo.

Vacilante, Hoggart avanzó. Sus ojos se clavaron en el rígido cuerpo que ocupaba el féretro. Realmente, su aspecto era impresionante ahora, con aquellas pupilas cristalinas, heladas, como fijas en él. Incluso parecían tener vida, en vez de pertenecer a una muerta, Pero una vida extraña, fantástica e inverosímil, más allá de las sombras de la muerte…

El brillo de los ojos era vital. Pero más fascinante para ellos resultaba el brillo del oro y la plata, salpicados de piedras preciosas. Esmeraldas, perlas, diamantes bien tallados, oro trabajado por viejos artesanos, plata refulgente…

Pendientes, un collar, anillos; un colgante sobre el pecho cubierto por una ropa de negro raso… Incluso un alfiler de oro y perlas en el cabello bien peinado, a pesar de los momentos finales en la soga…

—¡Cielos, Hoggart, es una verdadera fortuna! —Jadeó roncamente Burke, con ojos desorbitados por la codicia—. ¡Sacaremos miles de libras de esas piezas, seguro! Conozco a un viejo judío en Londres, que las pagará bien… por mucho que sea lo que nos robe.

—Deja eso ahora, y actuemos deprisa. Todo esto me… me pone nervioso. ¡Si pudiera cerrarle los ojos! ¿Podría… bajarle los párpados?

—¡Inténtalo! —Habló Burke, riendo en voz baja—. Encontrarás sus párpados helados y rígidos. Cuando quieras moverlos, volverán a subir, y tocarás el desagradable cristal frío de esos ojos… Vamos, ¿no te animas, muchacho?

Y ante su espanto, bien ostensible, lanzó una carcajada que tuvo mucho de obscena en aquel ambiente sombrío.

Luego, se inclinó, comenzando el expolio de la difunta. Una tras otra, las valiosas joyas pasaban a manos de Burke, con rapidez. Y de allí a un pañuelo negro, extendido en el suelo.

Hoggart, torpemente sin dejar de dirigir frecuentes miradas a aquella dama hermosa, severa, rígida, con algo maligno en su aspecto, que él no atinaba a identificar o localizar, iba ayudando como podía a su compinche, añadiendo nuevas joyas a la colección.

Lo peor fue cuando intentaron desenganchar los pendientes. Una de las orejas de *lady* Jane Charity Brown, sufría una herida que había supurado, sujetando en exceso la pieza de orfebrería. Burke resopló, tras tirar de una de las piezas.

—Anda, inténtalo tú —masculló—. Yo no puedo.

—¿Y crees que yo podré?

—Eres más fuerte. ¡Vamos, hazlo! —le apremió su compinche, clavando los ojos brillantes, llenos de codicia, en el montón de hermosas piezas de joyería.

Hoggart, tembloroso, vaciló. Luego, intentó hacerlo, tirando varias veces del pendiente, sin lograr nada.

—No… no puedo —musitó ahogadamente estremecido por el frío de aquella piel de mujer—. No puedo, Burke… No sale del orificio.

—¡Infierno, eso ya lo sé! ¿A qué esperas? Quiero que hagas algo. Eres mi socio en este negocio, ¿no? Saca de ahí esos pendientes. ¡Arráncalos! Es todo lo que necesitas hacer.

—¿Arrancarlos? —Tembló Hoggart—. ¡Eso… rasgaría la oreja de ella!

—Pues claro que la rasgará. ¿Crees que eso importa mucho ahora? Esos pendientes valen más de doscientas libras, incluso vendidos a ese tipo de quien te hablé. Tira de ellos. Se rasgará el lóbulo. No sangrará, no temas. Ni le dolerá. Los muertos no sufren cuando les hacen algo.

—No, no… —Murmuró Hoggart, asustado, retrocediendo—. No lo haré.

—¡Pero luego querrás la mitad del botín, asqueroso bastardo! —Se enfureció Burke, mordiéndose el labio con ira—. ¡Anda, déjame a mí…! Mira esto. ¡Se hace así!

Y tiró del pendiente.

Rasgó el lóbulo de la oreja de *lady* Jane Charity Brown.

Brotaron gotas de sangre del cadáver. Y ella, la difunta, la mujer ajusticiada en Newgate dos días atrás… ¡LEVANTO EL CUERPO, MIRÁNDOLES TERRIBLEMENTE!

Y un alarido de dolor escapó de los labios yertos.

Luego, mirándoles, con aquellos ojos suyos, acusó con voz que surgía de la propia tumba helada:

—Ladrones… Cobardes… ¿Qué hacéis con los muertos?

* * *

Burke retrocedió, chillando despavorido. Hoggart, con los cabellos erizados saltó atrás, precipitándose hacia la puerta. Tiró de ella, con un escalofrío que hurgaba su espina dorsal y taladraba su cráneo, hasta casi sentirse enloquecido. Luego, entre un alud de vapor, de noche, de carbonilla y de silbidos de locomotora en la noche, se lanzó al vacío, y la noche lo engulló, entre matorrales, arbustos y rocas abruptas.

Luego, fue el propio Burke quien, olvidándose de todo, incluso las valiosas joyas, siguió a su compañero, precipitándose al exterior. Pero éste tuvo menos fortuna. Su modo de saltar, imperfecto, le hizo caer muy pegado al vagón. La propia velocidad del convoy le atrajo hacia las vías.

Su alarido, al pasarle por encima las ruedas, triturándolo ferozmente, se perdió entre el trepidar del tren y los silbidos de la locomotora, cerca de Dover…

Dentro del vagón, a la luz fantástica y lívida de la lámpara de aceite, de Burke, la mujer muerta, el cadáver de la ajusticiada, se incorporó lentamente en su féretro, largo y enlutado, en un lívido juego de muerte animada…

Su oreja rasgada, goteaba sangre. Sus grandes, hermosos y profundos ojos oscuros, miraban a la oscuridad, a la puerta por la que entraba el vapor con fuerte olor a carbón. Como si no entendiera.

Como si los muertos, al volver de la tumba, no entendieran nada de este mundo…

CAPÍTULO III

Bebió su segundo vaso de vino. Luego, se restregó los labios, que asomaban entre la barba de varios días.

Estaba medio ebrio. Y preocupado. Preocupado por muchas cosas. Llenó de nuevo el vaso de grueso vidrio, y se apoyó de brazos en la sucia mesa. De un manotazo, tiró los periódicos a un lado, y las migajas de pan y de queso a otro.

El lóbrego recinto donde se hallaba, no parecía contribuir a ayudarle en sus ánimos. Estaba deprimido y asustado, posiblemente. Muchos eran sus problemas en este mundo.

—¡Maldita sea…! —farfulló—. ¿Por qué tuve que hacerlo? ¿Por qué acepté ese trato absurdo y disparatado? Nunca debí admitirlo. Nunca… Dios mío, ¿qué va a suceder ahora?

Estaba solo, a pesar de hablar en voz alta, y no era fácil que nadie le contestara sus preguntas, sacándole de dudas. Pero él parecía ignorar eso, o pretendía hallar solución simplemente hablando consigo mismo.

El nuevo vaso de vino pasó por su gaznate, siguiendo al anterior. Eso, sin duda, no contribuiría a ampliar su visión nítida de las cosas, pero el recipiente de nuevo llenó, mascullando entre dientes, con aire abatido:

—Eran años… Muchos años de intachable conducta… Su Majestad no paga muy bien el cargo, lo admito. El dinero es siempre apetecible, pero… ¿qué va a traerme este convenio maldito? ¿Qué va a suceder ahora, por todos los diablos? Si esto se descubriera alguna vez…

Se incorporó a medias, manoteando furioso. Miró a la pared, donde diversos recortes de periódico, enmarcados algunos de ellos, hablaban de célebres procesos, ejecuciones históricas en Londres y temas de parecido cariz truculento. Parecía constituir su mejor colección; algo así como las obras de arte de un pintor, alineadas en

alucinante galería de recuerdos siniestros.

Luego, volvió a dejarse caer. Miró, ante sí, la tarjeta que dejaran sobre su mesa. Deletreó el nombre:

—Doc… tor… Douglas… Kennington… Harley… Street 28…

Soltó un eructo con acre hedor a vino. Sacudió la cabeza, manoseando la tarjeta.

—¡Doctor Kennington! —farfulló—. ¡Peste de gente! Un médico… metido en esta clase de turbios asuntos. Y debe darle dinero abundante… cuando él paga tanto…

Hipó, mirando el vino que bailoteaba en su vaso. Luego, rebuscó en su bolsillo. Sacó billetes. Billetes todos de cien libras. Había bastantes. Cuando menos, una veintena de ellos. Los extendió, como un abanico o como una baraja de naipes idénticos y frágiles.

—Dinero… ¡Dinero por hacer de cómplice de alguien en un asqueroso y feo negocio! —murmuró, con tono áspero—. Nunca creí caer tan bajo… Yo era importante un día. Y luego, llegó todo aquello… El pobre muchacho rubio, inocente… ¡Oh, Dios, cómo pendía de la soga, con su lengua fuera y sus ojos tan abiertos, fijos en mí! Luego, cuando supe la verdad… cuando me enteré de su inocencia…

Era espantoso imaginar que aquel desventurado joven… resultó casi una víctima en mis manos… ¡Un asesinato, diría yo!

Cerró los ojos, espantado. Buscó a ciegas el vaso de vino. Sus dedos torpes temblaban, y el vaso volcó, derramando el contenido. El vino corrió por la mesa sucia.

El hombre medio ebrio, juró entre dientes. Sus ojos enrojecidos se fijaron en el líquido vertido. Luego, se puso definitivamente en pie, dispuesto a hacer algo.

En ese momento, repiqueteó un campanilleo en alguna parte. Se quedó repentinamente rígido.

Ante él, en el muro, un reloj marcaba las nueve de la noche.

—Es él… —susurró—. Es el doctor Kennington. ¡Puntual, por todos los diablos…!

Limpió la mesa como pudo. El campanilleo se repitió. Buscó algo con la mirada, y pareció encontrarlo. Se puso una prenda sobre sus hombros, dificultosamente. Era una chaqueta de color gris oscuro. Una levita.

—Así está mejor… —trató de arreglar su compostura, de

enderezar su lazo, de estirar el arrugado chaleco. Y, sobre todo, limpiar las manchas de vino de su barbilla, antes de ir a la puerta.

Por tercera vez, repiqueteó la campanilla entrada.

—¡Ya va, ya va! —mascullò entre dientes, malhumorado, arrastrando los pies por el suelo de la oscura estancia, mal alumbrada por el gas de las lámparas de muro, a media llama.

Abrió la puerta, tras descorrer el cerrojo de seguridad. Un hombre entró en la estancia. Llevaba un maletín negro, macferlán gris claro y sombrero, también, negro, de peluche.

Sus manos enguantadas se apresuraron a empujaron la hoja de madera, ajustándola, con firmeza. El tono de su voz fue seco, áspero:

—Creí que no había nadie en la casa —manifestó con acritud—. Ha tardado demasiado en abrirme, Webster.

—Lo… lo siento… —murmuró el otro, tratando de ocultar el olor a, vino de su aliento—. Me quedé… dormido.

—Ya —dijo irónicamente su visitante—. ¿Excesivo trabajo, quizás?

—¡Oh, no es eso! —Rió burlonamente el interrogado—. En mi oficio, nunca hay demasiado trabajo. A veces, me paso meses sin hacer nada. En ocasiones, tengo que trabajar algo más durante unas semanas, pero no demasiado. Mi tarea es rápida.

—Lo supongo. Fruto de la práctica, ¿no?

—Sí, supongo que si… —le miró, humedeciendo sus labios, impaciente—. ¿Trajo… trajo el dinero, amigo?

—¡Claro! —afirmó secamente—. Pactamos algo, ¿no? Recibió su primera cantidad. Falta la segunda, Webster. Yo siempre cumplo la palabra. Aunque imagino que todo habrá salido bien…

—Hice mi parte, y usted lo sabe. Lo demás, no es asunto mío.

—Lo sé. No es asunto suyo. No dije eso tampoco. Sólo pensaba en el resultado de las cosas… Bien, aquí tiene su paga. De esto no se hablará nunca más, ¿entendido?

—No, nunca más… —farfulló el llamado Webster—. Pero… pero ¿y si alguien, alguna vez, pensara en… en investigar, o me hiciera preguntas? Sería terrible.

—Escuche esto, de una vez por todas. Nadie va a investigar nada. Oficial y legalmente, el caso se ha cerrado. No va a pensar nadie en él, ni van a buscar dato alguno al respecto.

—¿Seguro? —Dudó el hombre medio borracho—. Alguien me ha dicho que un hombre ha salido hoy para… Para Dover.

—Ya. ¿Y quién era ese hombre, si puede saberse? —Se impacientó el hombre del macferlán gris.

—No sé… Un tipo influyente, un joven aristócrata de Londres…

—Olvídelo. Hagan lo que hagan los demás, a usted no le afecta. No sabe nada —le tendió un fajo de billetes. Otra vez de cien libras. Había, cuando menos otra veintena. La segunda—. Aquí tiene lo convenido. Y olvide ¿entiende? ¡Olvide, Webster! Es lo mejor para todos, debe creerme.

—Le creo, le creo… —se apresuro a afirmar el otro humedeciendo sus labios nerviosamente.

Los ojos del doctor Kennington fueron a la mesa. Vio el vaso, el vino vertido, los billetes dispersos… Un relampagueo de inteligencia y comprensión cruzó sus ojos oscuros, bajo el ala del negro sombrero de reflejos.

—¿Qué hace ese dinero ahí, a la vista de cualquiera? Y el vino… Quién bebe demasiado, habla demasiado a veces. Y el exceso de dinero atrae la curiosidad ajena, Webster. No me gusta eso. Si en vez de entrar yo, lo hace un hombre de Scotland Yard o del servicio de Prisiones… ¿qué sucedería? ¿Cómo explicaría que un hombre como usted tuviese en su poder dos mil libras y las manejara con tal desprecio e inconsciencia?

—Lo… lamento —farfulló, apresurándose a recoger los billetes, por el procedimiento de abarcarlos con sus brazos y, arrugados, manchados de vino, en desorden, incluso tirando algunos por el suelo, ocultarlos en sus bolsillos torpemente—. ¿Está mejor así?

—Sí, mejor… pero no del todo —susurró el visitante Le miró fijamente, teniéndole de espaldas. Se acercó a él—. Empiezo a pensar que hay personas que, estando vivas, no dejan de ser un riesgo. Un gran riesgo Webster.

—¿Qué quiere, doc…? —Comenzó el llamado Webster Y se volvió, tratando de averiguarlo. Pero era tarde.

Abrió enormemente los ojos, exhaló un alarido ronco y terrible pero eso fue todo. No podía hacer mucho más con aquel bisturí tremendamente afilado, segándole el cuello de oreja a oreja.

La sangre brotó, tumultuosa. Boqueó, horrorizado, y sus labios vomitaron burbujas ensangrentadas. Luego, con un estertor largo,

ronco y atroz, extendiendo sus brazos en vano, se derrumbó de bruces golpeando las tarimas del piso pesadamente.

Se quedó allí inerte, mientras corría un reguero escarlata sobre las maderas. El doctor Kennington se inclinó. De sus bolsillos, recuperó los billetes, apresuradamente. También tomó el fajo recién entregado. Guardó todo en su maletín junto con el bisturí ensangrentado.

—¡Viejo estúpido…! —murmuró, mirando al muerto. Pudiste tener un dinero fácil, y una vida mejor, de haber sido lo bastante inteligente para ello. Sin embargo, ¿qué puede esperarse de un hombre que se dedica semejante profesión?

Se encogió de hombros saliendo de la casa. El llamado Webster, quedó inerte, sin vida sobre el suelo, entre salpicaduras de sangre, de vino y de pan.

Al día siguiente, la Prensa de Londres, especialmente la de sucesos, publicaba crónicas a grandes titulares, en sus primeras páginas, ilustradas con los inefables dibujos de la época que acostumbraban a acompañar esa clase de hechos sensacionalistas y sangrientos:

«JONATHAN WEBSTER, VERDUGO DE LA CORONA, HALLADO MUERTO EN SU DOMICILIO. ERA UN VIEJO SOLITARIO Y EBRIO, A QUIEN ALGUIEN ASESINO».

* * *

Sir Lawrence Conway paseó impaciente por el andén. Entre sus piernas se enroscaban, con igual viscosidad, el humo de la locomotora y la niebla húmeda de Dover. Alrededor de él, las lámparas de los policías y las figuras humanas, recorriendo el convoy, formaban una especie de fantástica procesión de sombras y luces entre las brumas.

—¿Se sabe algo nuevo? —preguntó al empleado de ferrocarriles que pasó cerca de él, deteniéndole por un brazo.

El hombre le miró, inquieto. Se encogió de hombros. Las luces, en medio del vapor y la niebla costera, hicieron resaltar el centelleo plateado de la botonadura de su uniforme.

—No sé, señor —declaró con acento sincero—. La policía de Dover, se ocupa del asunto. Han avisado a Scotland Yard. Pero solamente he oído que un hombre apareció muerto en la vía,

aplastado por el tren, y otro parece que está siendo perseguido a campo través por unos policías con mastines…

—Ya, ya —se impacientó *sir* Lawrence—. Pero ¿y lo demás? Ya sabe usted a lo que me refiero, ¿no?

—¡Claro, señor! —Tragó saliva el ferroviario—. Sobre eso nadie sabe nada. Esperamos que los de Scotland Yard logren algo, apenas lleguen aquí… Nosotros, no podamos aclarar mucho las cosas. Pero, ciertamente, todo esto constituye un gran misterio, señor.

—Un misterio… —*sir* Lawrence se golpeó una mano enguantada con el guante de la otra, que sostenía irritado—. Algo más que eso… Es algo que no tiene explicación.

Se alejó caminando a lo largo de la vía, entre vapores de locomotora, con fuerte olor a carbonilla. Vio pasar los fragmentos de un cadáver ensangrentado, sobre una camilla improvisada. Policías de Dover hablaban con voz fuerte. Los perros ladraban o aullaban, no lejos de allí.

Fue a dar de bruces casi con un oficial de la policía local.

El hombre le identificó, saludándole respetuoso.

—Buenas noches, *sir* Lawrence —dijo—. ¿Sigue usted por aquí, señor?

—Espero noticias, simplemente —se expresó el rubio aristócrata con sequedad—. ¿Las hay?

—Pocas, señor. El hombre hallado muerto en la vía, según los documentos, es Gordon Burke. Un ferroviario de Londres… No tenía por qué estar aquí hoy.

—Lo imaginaba. —Conway apretó los labios, vacilante—. ¿Nada más?

—Se sigue buscando al otro hombre, al que escapó del tren sin ser alcanzado por éste. Ha sido visto por un guardagujas y un campesino. Espero que acabemos dando con él.

—Ya. ¿Y… eso es todo?

—Todo, señor —afirmó seriamente el oficial—. Imagino que sentirá, pero no hemos logrado nada más. Todo es incomprensible… a menos que ellos mismos hayan procedido a cometer ese hecho execrable. Cuando hallemos al segundo individuo, puede que logremos ver claro en esto.

—Sí, entiendo. Gracias, oficial —se alejó, respondiendo mecánicamente al saludo del policía. Se detuvo ante el convoy.

El vagón de mercancías con la puerta desprecintada y abierta, estaba vigilado por dos agentes locales. *Sir* Lawrence les miró, asomando a la puerta, Ellos le dejaron. Uno, incluso, iluminó el interior con su linterna. Todos sabían, a través de su jefe, quién era aquel hombre desplazado a Dover. Y se portaban deferentemente con él.

La luz de la linterna reveló allí dentro la forma negra del ataúd abierto, la tapa desplazada a un lado. El tapizado violeta fue visible para *sir* Lawrence. Vacío. Sin nadie dentro.

No había el menor rastro, en todo el vagón ni en todo el tren o la estación de Dover, del cadáver de *lady* Jane Charity Brown, la asesina ahorcada en Newgate.

Capítulo IV

El doctor Viktor Frankenstein leyó el telegrama expedido en Inglaterra un día antes. Lo dobló cuidadosamente, sin que su aspecto general sufriera la menor alteración evidente.

—Gracias, Sally —dijo a la doncella—. Es todo, puede retirarse.

Sally, pelirroja y de esbelto cuerpo bien proporcionado, que el uniforme de negro raso realzaba de modo ostensible, salió con su bandeja de plata, sin producir apenas ruido con su suave taconeo sobre la lujosa alfombra de la sala.

El médico suizo reflexionó. Una luz astuta asomó a sus ojos, azules y fríos. Se encaminó al ventanal, asomado al nevado paisaje situado más allá del lago. Meditó en silencio, golpeando suavemente con el telegrama sobre el alféizar de la ventana.

—Me pregunto qué ha podido suceder… —murmuró entre dientes, con evidente malhumor.

Se apartó de la ventana. Dejó el telegrama sobre la mesa. Su texto era muy breve:

«Lamento comunicar desaparición mercancía solicitada. Nadie entiende cómo ha sucedido. Hay una víctima y un intruso perseguido. Ampliaré informes apenas sepa algo. Saludos:

»Kennington».

El doctor Viktor Frankenstein caminó despacio hacia otra sala inmediata. Allí tenía su laboratorio. En una larga mesa de trabajo, probetas, tubos y retortas formaban un complejo conglomerado de elementos útiles a cualquier investigador científico. Más allá, había estanterías, aparatos electrolíticos y muchas cosas más. Al fondo de la estancia, una puerta metálica.

Una puerta herméticamente cerrada, de la que él poseía la llave. En su residencia, nadie, absoluta mente nadie, había descendido

jamás al interior de aquel recinto cerrado. Ni esperaba que nadie lo hiciese.

—Lástima… —musitó—. Lástima…

Clavó sus ojos en aquella pesada hoja de metal claveteado. Pareció llegar al otro lado y contemplar algo que solamente él conocía; que solamente él sabía que estaba allí, dentro de la oculta cámara.

Luego añadió con voz sorda, preocupada, evidentemente llena de contrariedad:

—Lástima que no sea posible… ahora que había lo grado reunir todos los cabos para mi prueba, Mabel.

Y silenciosamente, inclinó la cabeza, regresando a su gabinete de trabajo, tras correr la cortina que separaba a éste del laboratorio.

Regresó junto a la ventana. Abajo, el jardín de los Frankenstein destacaba resplandeciente y bien cuidado; a pesar de la época otoñal, bajo el nublado sol de Suiza. Los jardineros cuidaban los setos, el césped y los macizos floridos. Aquélla era la mejor prueba.

Viktor Frankenstein clavó sus ojos azules, fríos y pensativos, en el hombre que cortaba con unas podadoras las matas de flores silvestres, dejando limpia una zona del sendero, junto al seto más alto de todos.

Sus ojos se desviaron hacia la derecha. Contempló; una cintura breve, unos senos jóvenes y erectos, una cabellera roja. El vestido negro, de raso, de larga falda, envolvía agradablemente aquella hermosa figura juvenil.

Sally Forbes…

La bella inglesita residente en Suiza. Una doncella eficaz. Inteligente, amable… y bonita. Muy bonita. Frankenstein reflexionaba sobre eso, al parecer. Sus ojos revelaron un repentino brillo malicioso.

—Sí… —susurró—. Sólo hace falta eso: un cuerpo joven y hermoso. Lo demás… lo demás ya existe. ¿Por qué no? ¿Por qué no probarlo? Si me falta un cadáver… tengo una mujer viva para ello… Y muy llena de vida, realmente…

Apretó los labios. Su mente de científico estaba trabajando a toda presión. Una idea oscura, que a muchos pudiera parecer diabólica, se iba engendrando en esos momentos en el cerebro del médico suizo.

Una idea que sólo faltaba llevar a la práctica.

Y en eso, el doctor Frankenstein jamás había vacilado demasiado. Jamás.

* * *

El inspector Ralph Jennings, de Scotland Yard, contempló perplejo al prisionero.

—¿Está seguro de lo que dice? —masculló abruptamente.

Hoggart le miró, sollozando casi. Alzó patéticamente sus manos. Tenía una rara palidez, y sus ojos se dilataban, como si sufriera algún acceso peculiar de demencia.

—Lo juro… —jadeó—. ¡Lo juro, inspector! Lo vi tan claramente como ahora puedo verle a usted…

—No pongo eso en duda, Hoggart —habló ceñudo el policía de Londres—. Viste un cadáver, conforme. Pero los cadáveres no andan. Ni sangran. Ni hablan.

—¡Ése sí lo hizo! —aulló de repente Hoggart, con vivo terror. Un policía tuvo que sujetarle, en el amplio y destartalado cuartelillo de Dover—. ¡Le aseguro que fue así! Apenas le arrancó Burke el pendiente, sangró su lóbulo rasgado, ella gritó, sentándose en el ataúd, nos miró con sus terribles ojos abiertos y dijo… dijo…

Sin terminar de hablar, rompió a llorar como un niño, ocultando el rostro entre las manos. El inspector giró la cabeza, cambiando una mirada expresiva con el oficial de policía de Dover y con *sir* Lawrence Conway, pálido y presente en el interrogatorio.

—El pobre diablo debió trastornarse durante la ceremonia horrible de despojar de joyas a la muerta —señaló el hombre de Scotland Yard.

—¿Sí? —Replicó *sir* Lawrence, sorprendido—. ¿Y el cadáver? ¿Dónde lo dejaron?

—Es lo que estamos intentando averiguar, señor —se puso digno el policía—. Este hombre no parece capaz de decírnoslo.

—Ni tampoco de haberlo llevado consigo un solo paso —replicó fríamente *sir* Lawrence—. Está muerto de miedo. Y su compinche… muerto por las ruedas del tren, inspector.

—Tal vez hubiera otro compinche más valeroso que ellos, señor —replicó el policía de Londres con aire de dignidad ofendida.

—Tal vez. Pero él asegura que eran dos. Y hay huellas de sólo

dos intrusos en el vagón.

—*Sir* Lawrence, ¿quién es el policía aquí? —Se molestó Jennings —. ¿Usted o yo?

—Perdone —apretó los labios el rubio joven, desviando la cabeza—. No pretendía molestarle, inspector. Pero veo algo raro en todo esto…

—¿Raro? No puede haber gran cosa. Son dos rufianes que expolian lo que sea, incluso cadáveres. Su joven amiga… bueno, quiero decir Jane Charity Brown… llevaba consigo joyas de considerable valor. Eso siempre atrae a esa clase de buitres, no lo dude. Acaso la hizo mover algo, unos gases por ejemplo… y se provocó el terror.

—¿Y luego, inspector?

—Es lo que estoy tratando de saber: dónde está el cadáver… y dónde sus joyas —fue la breve, tajante y agria respuesta del policía —. Si es que me deja, por supuesto.

—No le molestaré más, inspector. Ya me imagino que los difuntos no se marchan solos de sus ataúdes, pero… parece que éste fuera el caso actual.

—No se inquiete por eso, señor —sonrió el oficial de la policía de Dover, terciando en la discusión—. La ajusticiada no podía tener un solo soplo de vida en sus venas, esté seguro. No hay nadie que se asegure más de la muerte de una persona… que el verdugo de Newgate y el médico de la prisión.

El inspector levantó la cabeza y miró, ceñudo, al policía local. Luego, con un gesto huraño, manifestó antes de volver a su interrogatorio del recién capturado Hoggart:

—¡Hum! A propósito de eso… ¿Sabían que el verdugo oficial de la Corona, Jonathan Webster… ha sido asesinado por personas desconocidas, anoche mismo en Londres?

—¿Qué? —mascculló *sir* Lawrence, mirándole asombrado—. ¿Y él fue quien… quien ajustició a Jane Charity?

—Sí, señor. Él fue, precisamente…

* * *

—¿Webster? ¡Oh, entiendo…! ¿Se refiere al verdugo oficial de Newgate?

—Sí, doctor. A él me refiero.

—¿Le interesa, acaso, su persona?

—Me interesa, su muerte, doctor Kennington.

El alto, joven y elegante médico de Harley Street, clavó sus ojos acerados y risueños en su visitante. El gesto amable, en el rostro adornado por el bigote de caídas guías, bien recortado, tan pulcro como sus largas patillas, no sufrió alteración, cuando respondió de modo afable:

—Me temo que no puedo decirle gran cosa sobre su muerte, señor. Yo soy médico forense, pero sólo de prisiones. Sé que ha muerto, pero no lo examiné personalmente.

—Sí, lo imagino, doctor. Hay muchos médicos en Londres. Y usted es sólo médico de prisiones, aparte de su labor privada en su consultorio… —*Sir* Lawrence Conway suspiró, cruzando sus piernas ante el médico. Estiró el pantalón rematado en las negras medias botas de charol puntiagudo—. Quizá no me expresé bien del todo. Webster ha muerto. Pero yo quería hablarle de otra muerte. La de Jane Charity Brown, exactamente.

—¿La asesina?

—Sí. La asesina, doctor.

—Bien. A ella sí la examiné yo —dijo calmosamente, el joven galeno—. ¿Qué puedo decirle que no sepa? Usted era su prometido, ¿no? Y sabe cómo murió. En esos casos, no se diagnostican síntomas, sino… la defunción en sí.

—¡Claro, doctor! Y ella estaba muerta, ¿no? —La mirada afilada y penetrante de *sir* Lawrence, chocó con la del médico.

—¡Cielos! ¡Claro que estaba muerta! —Sonrió Kennington—. ¿Qué esperaba? Nadie sale vivo de la horca. Ni siquiera aunque el verdugo sea un borrachín solitario y excéntrico, como Jonathan Webster.

—¿Bebía mucho?

—Muchísimo. Demasiado, diría yo. Cuando cumplía su triste misión… rara vez estaba sereno. Aunque imagino que en tareas semejantes, siempre es preciso buscar valor en alguna parte. Como los sepultureros, por ejemplo… Además, Webster tenía cierto complejo sobre sí.

—¿Complejo?

—Sí. Una vez ejecutó a un inocente. Quizá a más de uno, pero de ése se supo, luego, la verdad y se rehabilitó su memoria. Era un

joven, Frank Daniels. Lo repetía muchas veces al acudir a prisión para atender su penosa misión. El hecho de haber ajusticiado a un inocente le había provocado un auténtico trauma.

—Entiendo. ¿Llevaba usted mucho tiempo como médico en Newgate?

—Cosa de unos seis meses. Asistí sólo a tres ejecuciones en ese tiempo.

—¿Algo fuera de lo normal en la de Jane Charity Brown, doctor?

—No, nada en absoluto. Como siempre. Esos mecanismos del Estado, acostumbran a ser terriblemente eficaces…

—Lo supongo. Lo cierto, doctor, es que no esperaba encontrar gran cosa. Pero hay algo que me preocupa…

—¿Qué es, *sir* Lawrence? —se interesó, vivamente, el joven médico.

Conway se incorporó, con un suspiro. Habló, encaminándose a la salida del consultorio en la calle Harley.

—El cadáver de Jane Charity… Sigue sin aparecer. Un pobre diablo muerto de terror, asegura que resucitó y les habló, mirándoles terriblemente. El otro fue arrollado por el tren y no puede negar o confirmar nada de eso. Pero murió con el cabello erizado, y el rostro descompuesto por el terror. La policía se pregunta si ello sucedió al verse bajo las ruedas del convoy… o antes de caer en ellas, por lo que vio en el vagón de mercancías.

—¡Bah, tonterías! Los muertos no pueden levantarse de sus ataúdes —declaró el joven doctor Kennington. Pero sus ojos parpadearon un solo instante, con rapidez, y las comisuras de sus labios tuvieron un leve temblor—. Esa gente debió ver visiones, no hay duda.

—Sí, no hay duda… —*sir* Lawrence estrechó su mano. Ya camino de la puerta, indagó con aire distraído—. ¿Conoce al doctor Viktor Frankenstein?

—¿Cómo? —El médico pareció sufrir un leve sobresalto repentino. Luego, enarcó las cejas, con una sonrisa tranquila—. ¿Qué nombre ha dicho?

—Viktor Frankenstein, doctor.

—No, no creo recordar… ¿Es alemán, acaso?

—Suizo. Reclamó el cuerpo de Jane Charity.

—Pues… no, creo que nunca oí hablar de él. ¿Es famoso?

—Eso quisiera yo saber. Cuando menos, es prestigioso. Y puede financiar el traslado de un cadáver, el entierro en Suiza.

—Tal vez era un viejo amigo de la ajusticiada…

—Tal vez. —Conway se encogió de hombros, risueño, ya en la puerta—. Bien, doctor. No le molesto más. Gracias por todo.

—¡Oh! Ha sido un placer, no lo dude, *sir* Lawrence.

Pero su tono afable y cortés, estaba totalmente en desacuerdo con la gélida, furiosa mirada que revelaron los ojos del médico cuando la puerta se hubo cerrado tras de su indolente visitante, el aristócrata inglés.

—¡Cerdo! —mascullo entre dientes, malhumorado—. ¿Quién te manda meter las narices donde no debes? Eres un tipo de fortuna, con título, engañado por el falso amor de una fulana, que resultó ser una asesina, y aún quieres averiguar qué le ha pasado a su cadáver. ¡También quisiera saberlo yo, imbécil! Y mi amigo, el doctor Frankenstein, allá en Suiza… Sí, el hombre que, de repente, tanto parece interesarte, es un buen amigo mío. Mi mejor amigo… y el más generoso de todos.

Soltó una agria carcajada y se dispuso a enviar un nuevo texto telegráfico urgente dirigido a Ginebra, Suiza. Escribió rápidamente:

«Cuidado. Aristócrata de Londres se interesa por usted. Enviaré detalles más amplios por Correo. Era novio de «ella». Saludos,

»Kennington».

Unas horas más tarde, ese telegrama llegaría a las manos de su destinatario, el doctor Frankenstein…

CAPÍTULO V

El hombre caminaba con su farol, a, lo largo de la vía.

Era un paraje oscuro y sombrío, apartado de la estación de Dover, a cosa de media milla de cualquier luz ferroviaria. En torno, las rocas y los arbustos formaban un paisaje áspero y poco amable.

Poco antes había ido canturreando entre dientes, más para animarse a sí mismo, sabiendo que la gente buscaba por aquella zona un cadáver robado de un féretro en un tren de mercancías, que porque tuviera realmente ganas de cantar cosa alguna.

Ahora, ya ni siquiera cantaba. Se limitaba a cuchichear una tonada que nadie hubiera sido capaz de identificar.

Lo cierto es que el hombre tenía miedo.

Cada noche hacía el mismo camino, da regreso a su casa, desde los almacenes donde trabajaba en turno de noche, hasta bien avanzada la madrugada. Hasta ese momento, nunca había visto nada de particular desagradable ni inquietante, en tal rutina.

Pero esta noche era diferente.

Muy diferente.

Tanto, que el miedo se había apoderado invenciblemente de él.

Era una especie de leve terror a lo indefinido. No sabía, en realidad, qué daño podía causarle un cadáver perdido, ni existía otro riesgo, puesto que había llegado a su oído que uno de los ladrones fue arrollado por el tren, y el otro estaba prisionero de la policía.

Sin embargo… su miedo era superior a todo posible razonamiento.

El hombre se detuvo, de repente. Dilató sus ojos, fijos en la sombra. Los arbustos crujieron de repente. La figura de una mujer emergió entre los ramajes.

Se erizaron los cabellos del hombre, y emitió un chillido, estando a punto de dejar caer su farol de dos vidrios rojos y dos

amarillos.

—¡Imbécil! —exclamó la mujer, disgustada—. Vaya susto me has dado, Jarvis… ¿No ves que soy ya, cobardón?

—¡Oh, Debbie…! —Aliviado, balbuceando una excusa avergonzada, el llamado Jarvis observó con más detalle la rolliza figura de la mujer que había aparecido ante él. Sacudió la cabeza—. ¿Cómo pude confundirte con… con un fantasma, por todos los diablos? Ésos no están tan rellenitos, ¿eh?

Y manoseó audazmente a la moza. Ella le pegó un manotazo, airada, poniéndose en jarras. La postura hinchó sus senos grandes y rotundos.

—¡Eh! ¡Estate quieto, viejo verde! —le atajó—. Que yo me ocupe de los trabajos que me ocupo, en la taberna del viejo McDougall, no quiere decir que tenga que so-portar a todo el que quiere poner sus manos encima. Sigue tu camino, Jarvis, y que Dios vaya contigo.

—De no ser porque tengo mucho trabajo mañana, gustosamente volvería contigo, en vez de seguir hacia Dover —habló Jarvis, mirándola arrobadamente—. Eres una moza de las que me gustan, preciosa.

—Seguro. La buena miel gusta a todos. Incluso a los que no tienen paladar —rió Debbie, con su fuerte voz de muchacha vulgar —. Buenas noches… y si encuentres al cadáver por ahí, no te vaya a dar un colapso. Si al verme a mí casi te desmayas… ¡imagínate!

Se alejó riendo. Y Jarvis volvió a quedarse solo en el sendero desierto, mientras la moza se perdía a lo lejos, haciendo crujir la hojarasca con sus fuertes pasos de mujer vigorosa.

Fanal en mano, Jarvis continuó su camino, algo más animado por la presencia de la moza de cantina que trabajaba con McDougall, en su *pub* de mala nota, allá en Dover.

—Tonterías… —se dijo, a sí mismo—. No tengo por qué temer a fantasmas, ni cosas así. No hay nada sobrenatural aquí. Si acaso, por mucho haber, el cuerpo de una pobre mujer sin vida, víctima de un sacrilegio…

Siguió andando con paso más firme. Incluso se olvidó de canturrear. Llegó al final de un claro, y se encontró con otro macizo de arbustos que le era familiar. Un peñasco blancuzco, marcaba el lugar, como un mojón natural en el sendero.

Apartó con recia mano las ramas, para adentrarse por el boscaje, resueltamente, en el último tramo de su recorrido hasta la población.

Esta vez, la luz del fanal golpeó con fuerza, crudamente, el rostro que bailoteaba en la sombra, flotantes los cabellos oscuros, abiertos y fijos los ojos… La figura de mujer, amortajada de negro, era un espectro en movimiento al que se enfrentó Jarvis, con tal brusquedad que tardó un segundo o dos, ante la marmórea palidez de la desconocida, y la huella sangrante de su rasgado lóbulo, en comprender quién era.

Emitió un terrorífico alarido, echándose atrás, tirando el fanal, y sintiendo que todos sus cabellos se erizaban, y se le helaba la sangre en las venas.

—¡No, no! —Aulló, desesperado—. ¡Ahora sí es ella! ¡Es ella… caminando! ¡La muerte está caminando, por todos los santos!

Jane Charity Brown le miraba con aquella terrible expresión glacial de sus ojos de asesina rediviva, vuelta de la tumba… Extendió, de pronto, hacia él, sus manos, sus dedos engarfiados blanquecinos y fríos.

Era demasiado. Jarvis exhaló un ronco grito de pavor. Cayó de rodillas temblando como un azogado. Boqueó, sin que su boca emitiera sonido alguno. Los ojos se le desorbitaron.

Cayó de bruces. Cuando besó el suelo con un golpe seco, era ya cadáver.

El corazón le había fallado.

La difunta que surgiera del bosque, contempló larga, fijamente, al caído. Luego, su boca se abrió para emitir una carcajada siniestra, prolongada y aguda que retumbó en el bosque, como un sonido de ultratumba.

Después, aquella mujer alucinante, se perdió en la oscuridad.

* * *

—¿Oíste? Esa risa…

Los dos individuos de rufianesco aspecto, irguieron la cabeza. Luego, se miraron entre sí, en las sombras de la noche, sólo iluminados por un lejano reflejo de una luz perdida en una choza.

—Sí. Parece una loca… ¿Qué hacemos, Blair?

—Lo que nos han dicho, Smutts. No hay nada que temer, ya lo

sabes. Nosotros no somos de esa clase de tipos, ¿no?

—Por supuesto —rió, el llamado Smutts. Igual que su compañero de caminata nocturna, tenía enrojecidas mejillas de beodo, manos recias y corpachón rechoncho y fuerte. Parecían capaces de desvalijar todo un cementerio, sin importarles, ni siquiera que los cadáveres pudieran moverse, por efecto de cualquier fenómeno natural. No eran de los que se asustaban por nada.

Por eso les habían dado determinada misión. Y tenían que cumplirla rápidamente. Antes de que la policía llegara demasiado lejos, y la cosa no tuviera ya remedio.

Blair y Smutts, dos pájaros de cuenta que hubieran hecho las delicias del alcaide de Newgate de haberles podido ver en sus celdas más infectas, siguieron los ecos de aquella risa demoníaca, que hubiera causado el pavor a cualquier otro ser humano.

Su paso era rápido y firme. No tardaron en, ganar terreno a la figura fantasmal que, a alguna distancia de ellos, movía la hojarasca con tenues crujidos.

—Es ella —musitó Smutts—. Mira: alta, vestida de negro…

—Parece un auténtico espectro —comentó Blair, pensativo.

—No digas tonterías. Vamos ya. No puede seguir andando por ahí, como cualquier otra persona, Ella… ella está muerta.

—Pues nadie lo diría —rezongó Blair, riendo entre dientes.

Dieron alcance a Jane Charity Brown o su espectro. Uno de ellos, rápido, descargó un seco golpe tras la oreja de la dama, antes de que ella volviera el rostro.

El cadáver ambulante cayó de bruces, sin exhalar siquiera un gemido. Los dos bribones se miraron entre sí.

—Ahora, a la cabaña —dijo Smutts—. Allí está el embalaje, a punto… Tú irás a avisar al patrón…

—De acuerdo. Se hará como quedamos. El dinero será a repartir en partes iguales, ¿no?

—Por supuesto, compadre —rió Smutts, alegremente—. Ya veo esas guineas en mi bolsillo…

—¡Y yo, diablo! Nunca habrá sido más fácil una labor…

* * *

—Sí. Ha sido fácil, Smutts. Os felicito. Aquí tienes lo prometido.

Pero eso no es todo.

—¿Ah, no? —Se sorprendió el pillo, tomando las flamantes guineas con mano codiciosa.

—No. Recibiréis una cantidad doble de ésa… a cambio de borrar de este mundo a un individuo un poco molesto. ¿Qué os parece el trabajito?

Smutts contemplé, pensativo, a su patrón. El macferlán le tapaba el rostro, pero evidentemente, era un caballero, y vestía como tal. Metido en lo oscuro, y hablando tan bajo, era difícil identificarle y él lo sabía.

Siempre eran esa clase de hombres los que encargaban trabajos sucios, pero bien retribuidos, a los tipos como ellos.

—Un asesinato, ¿eh? —comentó Smutts secamente.

—Hay otros modos de decirlo. ¿Es que no os interesa, Smutts?

—¡Claro! —Rió el aludido—. Todo lo que sea ganar dinero fácil, amigo. ¿Dónde está ese tipo?

—Habitualmente, en Londres. Ahora, en Dover.

—Dover, ¿eh? ¿Relacionado también con…?

—En cierto modo. No falléis. Es un tipo listo, y si hubiera un fracaso, podrían complicarse las cosas.

—No se preocupe, patrón. Si aceptamos, delo por hecho.

—Bien. ¿Y aceptas?

—Sí —rió Smutts, tras una pausa—. Acepto. En mi nombre, y en el de Blair. Dé por muerto al tipo. Sin la menor duda. ¿Su nombre?

—*Sir* Lawrence Conway.

—Un noble… —silbó entre dientes Smutts.

—¿Qué tiene de diferente un noble respecto a otro cualquiera? —Se impacientó su patrón.

—El escándalo, el interés de la policía… Es distinto, señor.

—Está bien. Será triple cantidad que la de ahora. ¿Eso os compensa?

—Eso espero, señor. —Smutts se inclinó, ceremonioso—. Cuando esté muerto, vendremos a por el dinero, aquí mismo. Mañana por la noche.

—Muy bien. Os espero. A las tres.

—A las tres, patrón. No faltaremos.

* * *

El rubio aristócrata estudió el cuerpo que acababan de cubrir con una manta.

—¡Pobre diablo…! —comentó—. ¿Quién era?

—Jarvis, señor —informó un policía local—. Trabajaba de mozo de vigilancia en unos almacenes de las afueras, hasta la madrugada. Era muy mayor, ya. Pero no era miedoso, que yo sepa.

—Su cara es el vivo terror —manifestó *sir* Lawrence, pensativo —. Igual que la del muerto en las vías… Nunca vi a un hombre reflejar más miedo…

—Esto se va complicando, encima —se quejó el inspector Jennings, de Scotland Yard—. No aparece el cadáver de Jane Charity… y, sin embargo, nos aparece, un hombre muerto, sin duda por el pánico. Y allí no había nada, sino él solamente.

—He interrogado a una chica de Dover, señor —habló el condestable local, entrando en ese momento en la oficina policial provinciana.

—¿Sí? —Jennings enarcó las cejas, mirando a su colega—. ¿Algo del cadáver?

—Del desaparecido en el tren, nada de nada, inspector —negó el condestable—. Pero sí del otro.

—¿El otro?

—Jarvis, el guardián de noche. Esa chica, Deborah Salter, le vio de madrugada.

—¿De veras? ¿Dónde?

—No muy lejos de donde ha aparecido. Dice que se llevó un susto terrible al verla y gritó atemorizado. Pero al irse, iba más animado —el condestable guiñó un ojo—. Claro que con una chica como Deborah, en el bosque, de noche, se anima cualquiera, señor.

—Ahórrese detalles que no vienen al caso —cortó severamente el policía de Londres—. Limítese a informar condestable.

—Sí, señor —bajó la cabeza el policía—. La chica asegura, también, que oyó luego algo así como… como la risa de una loca.

—¿Una mujer loca? ¿No podía ser un hombre?

—No. Insiste en que era una risa muy aguda. Y rara. Como ríen los dementes.

—Terminaremos por estar ante un bosque embrujado —suspiró *sir* Lawrence, reflexivo—. ¿No se estará perdiendo un tiempo precioso? Ese cadáver, transcurrido tanto tiempo, acabará por

descomponerse. No será un espectáculo agradable para quien lo encuentre. Además, el hedor puede hacerse molesto, incluso nocivo…

—¿Hedor? —Se encogió de hombros el inspector—. *Sir* Lawrence, al menos su olor nos llevaría hasta el cuerpo. Pero no hay nada. Ni cadáver… ni siquiera huellas de él. Ni mal olor, como usted dijo. ¿Eso tiene sentido?

—No —negó despacio *sir* Lawrence—. Estando ella muerta… no lo tiene, señor.

Y nadie pareció advertir el raro matiz del tono del joven aristócrata, al decir las últimas palabras.

* * *

El doctor Christie era el médico de Dover. Forense y médico local en una pieza.

Miró pensativo a su visitante, tras escuchar las razones de su visita. Arrugó su frente, con gesto hondamente pensativo.

—Es una extraña pregunta la suya, señor —manifestó, al fin.

—Sí, lo es. No me sorprende que le intrigue. Pero le aseguro que hablo de ello más a título informativo, que por ninguna otra causa…

—Lo comprendo. No sé adónde quiere ir a parar con ello, pero mucho me temo que tampoco mis palabras resulten demasiado esclarecedoras para usted.

—Hable, se lo ruego.

—Señor Conway, no hay posibilidad alguna de salvarse del patíbulo. Quiero decir que nadie sobrevive a una fractura de vértebras y a la asfixia.

—Sé que clínicamente es imposible. Como lo es que un muerto resucite. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué, señor Conway? —se interesó el médico local.

—Sin embargo, doctor, ¿podría burlarse de algún modo la muerte legal, en una prisión?

—No. Y menos aún en Newgate. No me cabe en la cabeza otra posibilidad: la ajusticiada salió cadáver de allí. Estaba el verdugo, el médico de la prisión.

—Imaginemos, por un momento, una fantástica complicidad en

dos hombres: el verdugo, el médico forense de la cárcel…

—¿Y el alcaide? ¿Y el reverendo? Estarían presentes en la ejecución…

—Por supuesto. Pero ellos no se aproximan al cuerpo, ¿no?

—No soy un experto, pero imagino que basta con que el médico certifique la muerte. ¿Adónde va usted a parar con sus teorías?

—A esto, doctor; imaginemos un cadalso trucado por el verdugo. El cuerpo se precipita por la escotilla. Pero la soga, además de sujetarse al cuello, lleva una extensión que se pasa bajo los brazos de la ajusticiada. Luego, el verdugo la suelta de ambas sogas, dejándola caer al suelo. El forense celular acude y certifica la muerte… que no se ha producido.

—Pero ella sería puesta en un ataúd, señor Conway —protestó el galeno.

—Sí, eso es cierto… —los ojos de *sir* Lawrence brillaron—. ¡Espere! Imagine una droga… Algo que finja una muerte aparente. Como puede hacerlo la catalepsia. En ese estado, ella abandona la prisión. El féretro es reclamado oportunamente. Ya se han procurado uno que tenga respiraderos especiales…

—Pero todo eso…, ¿para qué, amigo mío?

—No lo sé, doctor. Hay un colega suyo en el Continente. No sé que pudiera conocer de nada a Jane Charity… pero la reclamó sin reparar en gastos. Lo malo es que todo se ha complicado con esos ladrones… y es muy posible que, a estas horas, Jane Charity haya despertado de su letargo y deambule por ahí. Entonces, el terror pánico que hemos visto reflejado en algunos hombres, tendría explicación.

—Podrá explicar muchas cosas, pero por otro lado resulta un puro disparate, señor Conway —meneó el médico la cabeza, dubitativo—. No creo que pueda suceder algo así…

—¿No? Entonces, ¿por qué alguien tiene motivos para asesinar a un viejo verdugo ebrio?

—¿Le han asesinado? —Se sorprendió el médico, mirándole con inquietud.

—Sí. Ya he hablado con el doctor Kennington, de Newgate… y he sacado la conclusión de que oculta algo… y conoce a ese médico de Europa.

—Un complot… harto complicado, ¿no cree usted, señor

Conway? Verdugos, médicos, extranjeros… Y todo, por una asesina ajusticiada. ¿Qué razón movería a toda esa gente a obrar de tal modo?

—Dinero, doctor.

—Conforme: dinero. Pero ¿de quién, y por qué? Ésa es la gran incógnita: ¿de quién? ¿Con qué motivo? —*Sir* Lawrence miró risueño a su interlocutor. Luego, clavó los ojos en el vacío, como abstraído—. Doctor, la respuesta a todo eso puede estar… en Europa. En el hombre que ha movido todo ese tinglado para conseguir un falso cadáver de mujer…

* * *

La casa del médico local, en Dover, quedó atrás.

Había caído la noche. Del acantilado, llegaba el rumor del oleaje, golpeando las blancas rocas asomadas al canal. Las calles de Dover, silenciosas y mal iluminadas, tenían algo de siniestras en aquel momento, cuando menos para una persona impresionable.

Sir Lawrence Conway no era nada impresionable. A pesar de ello, sintió una leve aprensión. El viento que soplaba venía del mar, traía un fuerte olor a salitre, y él tenía que caminar a su favor, calle abajo, viéndose a veces arrastrado por su fuerza, o notando cómo el vuelo de su macferlán formaba remolinos en torno suyo.

En dos ocasiones giró la cabeza, deteniendo sus pasos, intrigado. No captó ruido alguno.

—Sin embargo… juraría que capté pasos a mi espalda por dos veces… —murmuró entre dientes.

Pero el hecho no se había confirmado, y reanudó la marcha resueltamente. Sus pisadas resonaron huecas, en la siguiente calle, más estrecha y peor iluminada. Esta vez sí. Estaba seguro.

Habían caminado furtivamente tras él. Y a la carrera.

Se volvió bruscamente. No estaba en un error.

Los dos hombres llevaban oscuras prendas de abrigo. Cubrían sus rostros con el cuello de los mismos, y unas gorras encasquetadas hasta las cejas de color oscuro.

Uno lucía una navaja. El otro, una pistola.

Sir Lawrence supo que era un asalto. Quizá un atraco. Los individuos se movían hacia él, bloqueándole las dos salidas posibles. El de la navaja buscaba la aproximación. El otro le

apuntaba a la cabeza, esperando a disparar a la distancia ideal para su pistola de dos cañones.

—¿Queréis mi dinero, bellacos? —preguntó *sir* Lawrence, sereno —. No necesitáis tantas armas. Tomadlo. Yo mismo os lo echaré.

Ellos no respondieron. Seguían aproximándose. *Sir* Lawrence estuvo seguro de que no buscaban robarle. En cuyo caso, aquel intento de asesinato tenía una motivación mucho más oscura y siniestra.

Rápidamente, *sir* Lawrence Conway reaccionó contra sus atacantes. Sin la más leve vacilación en sus movimientos elásticos y seguros, el rubio aristócrata alzó, de repente, su bastón.

Un golpe con la mano en la empuñadura, soltó el estuche negro… y apareció un largo estoque de acero flexible. Lo arrojó como una lanza contra el hombre de la pistola, el más peligroso de los dos, por el momento.

El arma se disparó en ese momento. La bala podría haber alcanzado en la cabeza al joven londinense. Pero el disparo salió bastante desviado.

La causa de ello fue el estoque que, hincado sobre el pecho del agresor, atravesaba a éste limpiamente, tal fue la fuerza puesta en el certero tiro por Conway.

El hombre herido aulló agudamente, con agónico dolor. Cayó hacia atrás perdiendo su pistola. Su compañero, indeciso, pareció no saber qué hacer, en aquel momento.

Sir Lawrence Conway, rápido, buscó en sus ropas, como si intentara un arma y gritó al de la navaja:

—¡Ahora te toca a ti, rufián! ¡Te volaré los sesos a tiros!

El individuo no esperó a ver si era cierto que llevaba pistola o no. La simple acción con el insospechado estoque, había bastado para atemorizarle lo suficiente. Tiró la navaja, y corrió calle arriba, hasta desaparecer.

Conway hubiera podido ir en pos suyo, pero consideró que no merecía la pena hacerlo. El tipo tenía ligero el paso, evidentemente, y conocería mejor aquellos lugares que él.

Se acercó al caído y lo contempló, pensativo. Por desgracia no podía interrogarle en absoluto. Estaba agonizando. El estoque le había perforado los pulmones limpiamente. Había espuma sanguinolenta en sus labios.

Se inclinó, registrando sus ropas gastadas. Era un tipo rudo, fornido, de mejillas coloradas por el alcohol. En un bolsillo, encontró hasta veinte guineas. Demasiadas para un individuo de esa calaña.

—Ha cobrado recientemente por hacer algo… —murmuró Conway para sí—. Tal vez esto de ahora… o cualquier otra felonía. Me pregunto qué está pasando aquí…

Luego, se incorporó, echando a andar, en dirección opuesta, por la vacía población de Dover.

Tenía que informar a la policía.

Y también iniciar algunas otras pesquisas, antes de tomar una decisión.

Una decisión que, por cierto, no sería fácil para él.

Ni cómoda tampoco.

CAPÍTULO VI

—¿Cómo, Smutts? ¿Vuelves solo? Esta vez dije que quería a los dos…

—No… no pudo ser —balbuceó Smutts, vacilante.

—¿Por qué no? ¿No está vuestro hombre… muerto?

—No. No está muerto.

—¿Qué? ¿Y vienes a decirme eso, ahora? —Se enfureció el caballero oculto en aquel portalón en sombras, de una calleja londinense de Blackfriars.

—Lo siento, señor… Hubo problemas…

—¡Problemas! ¿Qué clase de problemas, maldito seas?

—Ese caballero… iba armado.

—Eso no es cierto. No lleva armas.

—Es lo que parece. Pero su bastón… es un truco. Lo desenfundó. Era un estoque. Mató al pobre Blair… Luego, vino hacia mí. Tuve que escapar.

—¡Dos hombres armados… huyendo de uno solo!

—Al morir Blair, yo me quedé solo también, patrón.

—Muy bien. ¿Vas a intentarlo de nuevo, con mejor suerte?

—No, señor. No haré nada más. Prefiero no cobrar una sola guinea. Ese tipo es peligroso. Juraría que puede traerme mala suerte, también a mí. Busque a otros. Habrá muchos para ganarse ese dinero. Yo no. Buenas noches, señor.

—Espera aún, Smutts. De todos modos, te recompensaré tu sinceridad bien merece un premio, amigo. Aquí tienes. ¿Es suficiente?

Se inclinó, para tomar lo que le ofrecía el oculto caballero. Abrió la mano. No recibió nada en ella.

Lo que cayó sobre él fue un repentino machetazo brutal, propinado por una ancha hoja de acero sostenida por la mano de su desconocido patrón. El grito de Smutts salió ronco, quebrado. El

arma blanca habíase hincado, hasta la empuñadura, en su garganta. La sangre corrió, tumultuosa.

El bribón comenzó a golpear las paredes, antes de caer, y el asesino de elegantes ropas escapó en la neblinosa noche londinense.

Cuando Smutts besó de bruces el suelo, ya era cadáver. Había recibido el pago a sus servicios.

* * *

—¿Qué es lo que sospecha, *sir* Lawrence?

El noble contempló a Jennings, el hombre de Scotland Yard, mientras paseaba por la oficina de policía de Dover. Luego, habló con tono brusco:

—No pierdan su tiempo, inspector. No busquen ese cadáver por ninguna parte.

—¿Qué es lo que dice?

—Estoy seguro de que no se halla ahí. Ni siquiera en Inglaterra, posiblemente.

—No logro entenderle, *sir* Lawrence. Tiene usted unas ideas muy peregrinas. El ataúd sigue vacío. Y nadie ha visto rastro del cuerpo de esa dama…

—No lo verán nunca. Está fuera del país.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Eso no tiene sentido.

—Se me ha ocurrido tarde, señor. ¿No salió esta mañana un barco de Dover, con dirección a la costa francesa?

—Por supuesto —afirmó Jennings—. El que hace el servicio regular de carga entre ambos países.

—En ese barco iba el cuerpo de Jane Charity Brown, inspector.

—¡Imposible! Todo era carga comercial. Ningún ataúd.

—¿Dónde puede conseguirse una lista de los destinatarios de esa carga comercial, inspector?

—En la naviera, imagino. Y en la inspección de muelles.

—Entonces, se la traeré. Estoy convencido de que un tal doctor Viktor Frankenstein, de Ginebra, Suiza, figurará en la lista de destinatarios de bultos.

* * *

Allí estaba.

«Viktor Frankenstein. Médico. Las Cuatro Torres. Ginebra. Suiza. — Material clínico y de laboratorio. Frágil. Mantener horizontal».

—Era una caja bastante grande y alargada —explicó el empleado de la naviera, tras examinar unas notas sobre peso, medidas y demás datos.

Sir Lawrence y el inspector Jennings, cambiaron una mirada significativa. Salieron de los almacenes y oficinas, con el rostro ensombrecido.

—Apúntese un tanto, Conway —dijo el policía—. Parece que tuvo usted razón.

—Lo sabía. Eso confirma mis teorías, inspector.

—Puedo telegrafiar a Francia; pedir que detengan esa expedición, camino de Ginebra. Aunque resulte difícil, lo lograremos.

—No. No creo que lo lográsemos, en modo alguno. Ese envío no seguirá el curso normal, estoy seguro. Alguien ha sospechado que yo sigo una pista acertada. De ahí el intento de asesinato. Una vez en Francia, habría alguien esperando. Alguien que se habrá hecho cargo del embalaje, siguiendo quizás el traslado en carruaje, sin declarar. Aun movilizando todo el país, llegará a Ginebra, no lo dude.

—Empieza a preocuparme ese doctor Frankenstein, amigo mío.

—Y a mí, inspector. Y a mí. Hasta tal punto, que voy a emprender un viaje de placer a Suiza.

—¿Usted? —Se sorprendió Jennings.

—A Ginebra, exactamente, amigo mío, A Ginebra…

* * *

Viktor Frankenstein miré a Sally con sus azules ojos, pensativos.

—¿Otro telegrama? —se interesó.

—Sí, señor. Éste es urgente —sonrió la pizpireta doncella pelirroja.

—¡Gracias! —Frankenstein siguió, con la mirada, las curvas sensuales de la muchacha, en tanto ella se dirigió a la puerta del gabinete de trabajo del notable y joven médico suizo.

Éste, tras una breve pausa, abrió el despacho telegráfico. Leyó el texto, con gesto entre complacido y preocupado:

«Mercancía en camino. Todo bien. Atención, hombre de Londres en viaje al continente. ¿Por qué no a Suiza? Saludos:

»Kennington».

Frankenstein meditó, con sus claros ojos inteligentes entornados, la boca firmemente apretada, formando aquella línea dura, voluntariosa, que era su principal característica.

—De modo que el entrometido caballero sigue adelante con su idea… —comentó—. ¡Bien, bien! Le prepararemos algo aquí, a la espera de su posible llegada. Algo que difícilmente pueda olvidar.

Y la seca, dura carcajada que brotó de sus labios, sin apenas despegarse éstos, no parecía presagiar nada nuevo para aquél, o cualquier otro intruso que tratara de husmear en sus oscuros y misteriosos negocios…

* * *

Sally pasó ante la puerta del laboratorio.

Dentro, sonó aquel mismo mido que tantas y tantas veces lograra inquietarla y preocuparla. Aquel sonido extraño, sofocante, arrastrado, como de un animal encerrado en alguna parte.

Sin embargo, en aquella casa, solamente estaban el doctor Viktor Frankenstein, ella y el resto del servicio.

Un poco asustada, se alejó de las proximidades del laboratorio de su amo, encaminándose a los jardines, soleados y amplios, en el centro de la propiedad conocida como Las Cuatro Torres, por la situación de éstas en los ángulos de las altas cercas que formaban un cuadrado casi perfecto, en torno al jardín.

Para una chica inglesa, empleada en el extranjero, no era mala cosa servir a un hombre como aquél. El doctor Frankenstein era siempre un hombre de exquisita amabilidad, de una educación impecable… y bastante atractivo en su aspecto. Aunque cierta frialdad en sus ojos, cierta fría dureza en su gesto, pudiera hacerle parecer a veces adusto y hasta agresivo hacia los demás.

A ella, particularmente, no le disgustaba el doctor. Aunque, desde luego, no se hubiera enamorado de él como aquella jovencita que trabajara anteriormente con él de secretarla, y un día se marchó, sin despedirse siquiera de ella o de los demás, quizá en un arrebato de celos insensatos.

Sonrió Sally, al recordar al grueso y afable policía suizo, de servicio en aquella zona. Ése era otro de los hombres que no podría nunca amar, ciertamente. El bueno de Fritz sería una excelente persona, pero ahí terminaba todo. Las demás doncellas de la localidad suspiraban por él, sin duda alguna. Pero a fin de cuentas, ella no era una doncella como las demás. Aunque eso tampoco importaba al doctor Frankenstein, ni tenía por qué saberlo.

Sally estaba a gusto como doncella, y no había por qué cambiar. Cuando volviera de nuevo a su país, sería diferente. Pero esta experiencia de ahora, ni siquiera resultaba molesta o desagradable.

Pensando en todo eso, Sally se alejó por el jardín, sin imaginar que, desde allá arriba, a través de una ventana, unos fríos ojos azules revelaban el deseo al fijarse en su figura.

—Después de todo, ¿qué importa? —Murmuró Viktor Frankenstein para sí, sumido en la contemplación estática, casi enfermiza, de aquellas formas juveniles—. Ella es solamente una doncella… como la otra era una secretaria. Es también hermosa… y puede servir. Puede servir para él…

Y había algo maligno, algo espantoso, en la forma de pronunciar aquella simple palabra:

Él…

* * *

Las tierras francesas habían quedado atrás. El ferrocarril se adentró ya en territorio suizo. En un bellísimo paisaje, bordeando el lago espejeante y hermosísimo.

Ginebra…

El viajero miró a través de la ventanilla antes de incorporarse para dejar el tren en la ciudad suiza. Sus ojos estudiaron los edificios pintorescos, en torno al lago…

—Un paraje demasiado hermoso para albergar nada siniestro —se dijo a sí mismo. Y, sin embargo…

Se incorporó, con un leve desperezamiento. Tomó su reducido equipaje, el macferlán, que echó sobre los hombros y, sin soltar su inseparable bastón, el joven de porte aristocrático y rubios cabellos, se encaminó a la plataforma para bajar a tierra.

El viaje había terminado.

Su alta figura descendió, entre el humo que brotaba por entre

ruedas y bielas, en la estación ginebrina. Buscó, con la mirada, un carruaje. Había tomado ya sus apuntes durante el viaje, gracias a un minucioso plano de la ciudad. No le costó dar la dirección adecuada al cochero:

—Al Jardín Botánico —señaló—. El hotel El Lago, para ser exactos. Allí me alojaré.

El cochero asintió, Rodó el carruaje hacia la región del norte de Ginebra, que él había citado.

Cuando el coche se detuvo, era visible aún, a menos de media milla de distancia, la estructura de Las Cuatro Torres, la propiedad del doctor Frankenstein.

Eso era algo que el viajero ya había estudiado cuidadosamente durante su viaje por el Continente. Estaría cerca, muy cerca del objeto de su visita a Suiza. Pero también tendría mucho cuidado en no dar un paso en falso.

Tenía el presentimiento de que Viktor Frankenstein podía conocer muy bien su presencia en Suiza. Es más: le hubiera defraudado saber lo contrario.

La idea no es que fuese demasiado tranquilizadora, habida cuenta de los sucesos en Dover, pero algo había en todo aquello, que incitaba a *sir* Lawrence Conway a pensar que era vigilado, espiado, justo desde que tuviera su primera sospecha sobre los extraños sucesos que pudieron acaecer en Newgate, para que una mujer convicta de varios asesinatos, saliera con vida, fingiendo ser un cadáver que, súbitamente, había recuperado la vida, para luego desaparecer misteriosamente.

Recordaba su visita a Kennington, el joven e inquisitivo médico de la prisión, el asesinato del verdugo; el ataque que sufrió en Dover…

Kennington era un médico extraño. No parecía ser sino un poco escrupuloso intermediario de alguien más importante y con iniciativas propias.

¿Frankenstein?

Tal vez. Era la pregunta que esperaba resolver allí, en la vecindad de la casa a donde se había dirigido el embalaje misterioso embarcado en Dover sin que ni la policía ni él lo sospecharan a tiempo.

Porque si de algo estaba seguro, es que el envío misterioso no

había podido llegar aún. Su viaje fue demasiado rápido, enlazando ferrocarriles en una combinación perfecta de horarios, sin apenas reposo, hasta alcanzar, fatigado pero satisfecho, la ciudad de Ginebra.

Desde la habitación que le proporcionaron en el hotel El Lago era tan visible el agua espejeante del Lago Ginebra… como los muros, torres y jardines de la casa de Frankenstein.

Sonrió. Era una perfecta atalaya. Sobre todo, con unos prismáticos poderosos, como los que se había traído de Inglaterra…

No necesitó esperar mucho.

Justo al día siguiente, llegó el embalaje a Las Cuatro Torres.

No se podía negar qué también el féretro de una mujer muerta que aún vivía, había viajado con respetable velocidad a través de Europa.

SEGUNDA PARTE

MONSTRUOS

CAPÍTULO PRIMERO

—Es una agradable sorpresa…

El doctor Frankenstein estrechó la mano del hombre que llegaba en aquel carruaje tirado por seis caballos, portando el pesado embalaje facturado en Dover.

—Encantado, doctor —respondió el hombre, con acento suavemente francés—. He venido lo más deprisa posible, cambiando caballos varias veces en el camino, para satisfacer sus deseos de tener cuanto antes aquí este material.

—Cierto, doctor Duval —suspiró Frankenstein, amablemente, conduciendo a su visitante hacia el salón living—. No le esperaba hasta dentro de dos días más, como mínimo. Su llegada constituye para mí una gran sorpresa, como le dije. ¿Todo ha ido bien?

—Todo, doctor.

—¿Y… la mercancía? —preguntó, mirándole fijamente.

—Todo —el doctor francés, que tenía un singular rostro, ancho, lleno como hecho a bultos, bajo los cabellos, ralos y levemente canosos y rojizos a mechas, sonrió, torciendo la boca sensual, en un gesto que resultaba repulsivo y poco espontáneo—. No tiene queja alguna que formular, doctor, puede creerme. Todo ha llegado en perfectas condiciones, se lo garantizo.

—Gracias, amigo mío. Mil veces gracias, por su notable eficiencia. Venga, tomaremos una copa de oporto, antes de la cena. Luego tendremos tiempo de charlar de cosas y cosas de nuestro mutuo interés, estoy seguro.

—Sí, doctor. Estoy seguro de que podremos charlar ampliamente de todo ello. Y que esta noche habrá, también, ocasión de desembalar esa caja.

—Por supuesto. Esta noche. Sin falta. Ardo en deseos de trabajar. He esperado tanto tiempo este momento…

Desaparecieron dentro de la sala, cerrando la puerta, sin

permitir que Sally se ocupara de servirles.

La joven doncella contempló curiosamente el embalaje, situado en el amplio hall de la casa. Era vina caja oblonga con una etiqueta adherida en Dover, Inglaterra. Se hablaba de material clínico y de laboratorio. También de su fragilidad, y de su forzosa posición para evitar deterioros.

Sally encogióse de hombros, olvidándose inmediatamente del envío. No le había gustado aquel doctor Duval, apenas lo vio llegar. Era un individuo desagradable, áspero y poco sincero, si ella entendía algo de las personas a quienes trataba. Pero tampoco eso era asunto suyo. El doctor era muy dueño de tener las amistades y colaboradores que le vinieran en gana.

De repente, Sally se paró en seco. Giró la cabeza.

Pestañeó. Sus bonitos ojos se clavaron en la caja. ¿Había sido imaginación suya, o dentro de ella había sonado un ruido muy leve, como de algo que se moviese?

Era imposible imaginarse, allí, nada vivo, a menos que fueran conejillos de Indias, y ésos hubieran venido en jaulas abiertas, para respirar sin dificultad.

El ruido no se repitió, y Sally se alejó definitivamente de la caja. Estaba convencida de haberse equivocado. O quizá la madera, demasiado seca, había crujido, al cambio de clima.

Dentro de la sala, los dos médicos amigos continuaban su charla íntima, de la que Sally nada podía saber. De haberle sido posible captar algunas palabras, se hubiera estremecido de horror e incredulidad:

—¿Va a hacerlo, doctor? —preguntaba Duval, sosteniendo en la mano su copa de buen vino de Oporto.

—Sí, amigo mío —fue la respuesta del médico suizo—. Estoy decidido.

—¿Cree que resultará?

—Estoy convencido de ello. Me hacía falta esa mujer Y ya la tengo aquí… debidamente conservada. Muerta, no hubiera servido para nada, Duval.

—¿Podré ayudarle en esa obra, doctor?

—Por supuesto. Sabe que cuento con usted. Es algo que no puedo hacer solo.

—¿Sabe ella… lo que le espera?

—Por supuesto que no —dijo, fríamente, Frankenstein—. En Newgate, cuando volvió en sí, se le informó de que volvería a vivir tras una catalepsia provocada con drogas. Eso fue todo. Si lo hubiera sabido… tal vez hubiese preferido morir en el patíbulo, doctor Duval. Y eso no me convenía.

—Por supuesto, doctor. El cerebro de esa mujer es lo que cuenta. El cerebro de una criminal como ella… Será algo genial, doctor…

—Sí, espero que lo sea… —murmuró roncamente, Frankenstein —. Por otro lado, estará el cuerpo… O mejor dicho, LOS CUERPOS.

—¿Vamos? ¿Qué quiere decir, doctor? —Pestañeó Duval, sorprendido.

—Lo que le he dicho, amigo mío… Una mujer pasó ya a mi galería. Ahora, me faltan otras. Ya tengo elegida a la inmediata. Usted la ha visto al llegar.

—¿Esa bonita pelirroja que tiene por doncella? —Brillaron los ojos de Duval, maliciosamente, con un innoble apetito.

—Exacto —rió agudamente Frankenstein—. No olvide que quien crea una nueva vida… debe alimentarla, también.

Y alzó su copa de oporto, brindando por el futuro éxito, mientras el doctor Duval no podía evitar un leve escalofrío de horror, al imaginarse ciertas cosas que dejaban entrever las palabras terribles de Frankenstein, para alguien que, como él, supiera en qué consistía el atroz experimento del científico y biólogo suizo…

* * *

Los prismáticos recorrieron lentamente la vivienda, tratando de penetrar más allá de sus muros, ventanas y cortinas.

No lo logró. Al llegar la noche, era casi imposible introducirse en la propiedad del doctor Frankenstein, incluso con tan potentes binoculares como aquéllos.

Sir Lawrence Conway humedeció los labios, meditativo. Empezaba a intuir cosas horribles. Aquel día, había obtenido datos sobre Frankenstein. Todo el mundo le apreciaba, pero con una especie de extraño respeto medroso.

Se decía de él que era inteligente, infatigable, enérgico; de gran preparación científica. No era un médico de medicina general, sino biólogo e investigador.

Biología… El estudio de la vida. Esa especialidad sugería

extrañas cosas a Conway, pensando en que era la muerte lo que parecía viajar en aquella caja, aunque él supiera que Jane Charity Brown, la mujer que fue su prometida y luego resultó culpable de asesinatos diversos que admitió con cínica simplicidad, aún vivía, más allá incluso de las leyes humanas que la habían condenado.

Vida… muerte… Una rara mezcla de conceptos. Frankenstein detrás de ello… ¿Significaba algo atroz e inconfesable? ¿O solamente se trataba de un vulgar hecho criminal para salvar de la horca a una mujer? No.

Conway no creía eso. Había algo más oscuro e inexplicable en aquel enigma monstruoso, iniciado en la prisión de Newgate con un ajusticiamiento.

Iba a apartar ya los prismáticos, considerando imposible ver nada práctico o revelador, cuando la ventana de la torre sur se abrió repentinamente. Una figura se asomó a ella y pareció respirar el aire de la noche.

Centró Conway las lentes. Una mujer. Una mujer joven, atractiva, de sugerente figura. Con uniforme oscuro. Una doncella.

Era pelirroja. De facciones británicas. No parecía una nativa de Suiza. Se había asomado, simplemente, para estar en contacto con la noche, con las estrellas y el aire libre. Tal vez la atmósfera de la casa le resultara opresiva.

Tras ella, el joven aristócrata observó algo más. Pasando de largo los prismáticos sobre sus senos y cabellos, los fijó en otro detalle: una escalera descendente atrás. Al fondo, un corredor. Una puerta.

Y delante de la puerta… la caja.

Era el embalaje enviado desde Dover. Tal y como llegara. Imaginó el sistema de respiración, habilitado dentro, para mantener con vida a la mujer que volvió de la tumba. La caja era lo bastante grande para que, entre el embalaje que cubriera a Jane Charity y el exterior hubiera un compartimento estanco con aire constantemente renovado por las rendijas, bien disimuladas por doquier.

No pudo ver más. El hombre que llegara con el envío, no había vuelto a salir. El carruaje había sido conducido a las caballerizas. Era obvio suponer que se quedó a vivir en la casa. A la espera de algo.

¿Un experimento?, pensó *sir* Lawrence Conway, bajando de

nuevo los prismáticos, tras una última ojeada a la muchacha pelirroja.

Era una doncella muy atractiva. Quizá demasiado distinguida para ser sólo una vulgar doncella. Sonrió en la penumbra de su dormitorio del hotel. No debía dejarse influenciar por ninguna chica, otra vez. La última había sido precisamente Jane Charity. Eso colmaba ya el vaso.

Se tendió en su lecho. Estaba pensando en la caja oblonga. Y en la doncella.

Cuando se incorporó de nuevo, tomó los prismáticos. Era inútil. Ya no estaba la pelirroja en el balcón. Éste había sido cerrado, pero olvidó correr las cortinas. Con los binoculares, fue visible el interior algo borrosamente.

La caja ya no estaba donde estuviera antes. La puerta estaba entreabierta.

En ese preciso instante, Conway vio que se cerraba, muy lentamente. No podía oír ruidos, pero estuvo seguro de que producía un chasquido seco, enervante.

Como el que produciría la puerta de una cripta, o la tapa de un féretro al ajustarse sobre un cadáver.

* * *

Sally despertó, sobresaltada. Abrió mucho sus ojos, en la oscuridad. Un leve reflejo de la ventana, con luz de estrellas en sus vidrieras, hizo brillar sus pupilas inquietamente.

—¿Qué es eso? —musitó la muchacha, con tono de aprensión.

Escuchó otra vez, por si aquello había formado parte de sus sueños. No, no era así. Otra vez el agudo grito lejano hirió sus tímpanos. Era apagado, por venir de tal distancia. Estaba sola en la casa, con el jardinero, el cocinero y un hombre para limpiar la casa. Ellos y el doctor eran todos sus habitantes. Ahora, también, el doctor Duval.

Hombres todos.

Entonces…, ¿por qué aquel grito parecía de mujer?

Por tercera vez llegó a sus oídos, más corto y amortiguado. Luego, reinó el silencio más absoluto durante unos minutos de tensa espera.

No se repitió más. Sally se estremeció. No hacía falta oírlo de

nuevo para saber que los gritos habían sido reales. Allí, dentro de la casa. Al parecer… procedentes del laboratorio.

Aquella caja había sido conducida allí esa noche, poco después de que ella se asomara en la torre, a tomar un poco el aire. Y en la caja había creído captar un ruido.

Un ruido extraño. Un ruido que ni siquiera estuvo segura de oír.

Paseó por el dormitorio, agitada. Tenía miedo. Mucho miedo. Hubiera querido saber el porqué. Y ni siquiera se imaginaba nada concreto. Nada definitivo, en suma, que pudiera justificar sus inquietudes.

Sally decidió explorar. Entreabrió lentamente, muy lentamente, la puerta de su alcoba. Asomó al corredor, débilmente alumbrado. Se dio cuenta de que iba solamente con su camisón traslúcido, que se adhería a sus formas desnudas, y se cubrió con una bata, antes de pisar decididamente el corredor.

Miró a un lado, a otro… Dudó luego, se aventuró corredor adelante. Hacia la escalera que descendía. Allá abajo, dos plantas más debajo de la que ella ocupaba para dormir… estaba el laboratorio de Frankenstein.

De allí llegaron las voces, los gritos aparentemente femeninos.

Sabía que podía resultar muy peligrosa su curiosidad. Después de todo, nada sabía ella de Frankenstein, de sus posibles estudios y experimentos, de su propia personalidad, científica o humana.

Ahora se lamentó de haber seguido siendo una doncella, para salir de sus apuros, en el extranjero. No valía la pena continuar lejos de su país, de su vida auténtica, que no era precisamente ésta de vulgar doncella de un médico, por importante que fuese en Suiza.

De repente, tuvo conciencia de algo atroz. De que alguien la estaba mirando a sus espaldas. Alguien que no producía ruido, que se movía sigilosamente, sin apenas rozar el suelo con sus pies. Pero que tenía unos ojos… Unos ojos alucinantes, capaces de erizar sus cabellos, de provocarle un terror pánico…

Sally giró la cabeza, trémula, venciendo su propio terror instintivo…

Y vio aquello.

Lo vio. Descubrió los ojos malignos, clavados en ella. El jadeo de aquel ser, el reptante sonido cauteloso sobre las viejas baldosas del tétrico edificio.

Y Sally casi no tuvo voz para emitir su alarido. Por eso fue solamente un quebrado, ronco estertor, ahogado en sus temblorosas y rígidas cuerdas vocales.

Luego, mientras aquellos ojos perversos e infrahumanos avanzaban hacia ella, inexorables y ávidos, Sally se desplomó inerte, el suelo fue a su encuentro, y estalló en su conciencia con un negro reventón de tinieblas insondables.

* * *

Duval contempló al hombre enjuto y frío que, en mangas de camisa, y situado ante los aparatos eléctricos, complicados y extraños, de su laboratorio secreto, parecía esperar algo.

Frente a ellos, el cuerpo reposaba en la mesa, bajo la blanca tela que configuraba sus formas.

—Es ella… —susurró.

—Sí, es ella —asintió, secamente, Frankenstein—. Ella a punto para el gran experimento.

—¿Viva?

—Totalmente viva. Un cadáver no me serviría para nada. Lo que necesito de ella, debe de estar lleno de vida.

—Y ella… ¿ella sabe…?

Frankenstein negó lentamente, con una helada sonrisa en sus pálidos labios. Los ojos, astutos y despiadados, revelaron una fría determinación.

—Ella cree algo muy distinto —murmuró—. Jane Charity Brown, salvó su cuello de la horca y eso es lo que contaba para ella. Nunca imaginó que, si salvé su delicada y perversa piel de la caricia del verdugo de Newgate, no fue para concederle una impunidad que sus crímenes no merecen, sino para algo mucho más importante en mi carrera y en la de la ciencia médica, amigo Duval.

—Y… y, ¿cree que puede resultar, doctor?

—No lo creo —negó, glacialmente, Viktor Frankenstein, clavando sus ojos en su interlocutor—. Estoy seguro de ello.

Luego inesperadamente, la figura situada bajo la blanca tela, se agitó con un leve movimiento. Jane Charity Brown, la mujer que volviera de la tumba, estaba ya dando señales de vida.

Frankenstein, con un brillo de triunfo en sus ojos fue hacia ella. Alzó la tela.

El bello rostro de la asesina de Londres, se encaró con el suyo. En los ojos de Jane Charity Brown hubo un repentino destello de vitalidad, mientras sus mejillas tomaban color y sus labios se agitaban.

Lentamente, las pupilas de la criminal se fijaron en Frankenstein. Él sonreía.

—Us… usted es… Fran… Frankens… tein… —susurró, torpemente, con voz ahogada.

—En efecto —afirmó él, glacial—. Bien venida a mi casa, señorita Brown.

—Kennington me… me dijo… que usted… usted haría de mí una mujer nueva y distinta, con toda una vida por delante…

—Exacto, preciosa —rió, suavemente, Frankenstein—. Kennington, mi buen amigo y colega de Londres, tuvo toda la razón. Será usted una mujer muy diferente… y con una mente privilegiada y una inteligencia de excepción. Distará mucho de ser la mujer que cometió crímenes abyectos en la ciudad de Londres y terminó sus días en un patíbulo… Será un bello cuerpo y un rostro encantador… para la mente de una persona llena de inteligencia y de buen juicio, créame, muchacha.

—¿Cómo… cómo hará posible eso?

—Muy fácil —sonrió Frankenstein, tras comprobar que las correas que sujetaban a Jane Charity Brown a la larga mesa de trabajo de su laboratorio estaban lo bastante fuertes y seguras. Caminó hasta otra, mesa, en la que yacía una forma tapada y, repentinamente, dijo, tomando un extremo de la tela—: Quiero que vea cuál va a ser, a partir de hoy, su destino futuro, mi encantadora muchacha…

Levantó la tela, Jane Charity Brown emitió un largo grito de horror, y sus ojos se desorbitaron, fijos en aquella forma horrenda que se agitaba extrañamente entre las ligaduras similares a las suyas, que la oprimían en la mesa gemela.

Nunca, antes de ahora, Jane Charity Brown habíase encarado con rostro y cuerpo de mujer tan horrendos.

Pequeña, encogida, gibosa, repugnante; de manos retorcidas, de piernas fofas, dobladas e informes, llenas de bultos de carne amoratada. De ojos malignos de cabellos lacios y revueltos; de rostro rugoso y malvado…

Ni siquiera parecía un ser humano. Era un verdadero monstruo viviente, que clavaba con rara avidez sus ojos en ella, como si fuese a devorarla. Y, en cierto modo, así parecía que iba a ser.

—¿Qué… qué ser tan… tan repulsivo y atroz es ése? —gimió la asesina con un escalofrío, sin que las correas permitieran a la resucitada saltar de las mesas en que se inmovilizaba su esbelta figura.

—Este ser que le causa repugnancia, Jane Charity, es *lady* Frankenstein, mi esposa —dijo, gravemente, Viktor Frankenstein—. Un cuerpo deforme y repugnante, para un cerebro privilegiado. Una pobre víctima de mis pasados y fallidos experimentos… Le prometí algo, a cambio de ese error. Y lo voy a cumplir. Prometí a mí amada esposa Muriel, un cuerpo nuevo y hermoso… EL SUYO, Jane Charity Brown… Su cuerpo será la envoltura ideal para el cerebro de *lady* Frankenstein.

Un alarido inhumano, bestial, prolongado, brotó de la boca convulsa de la desdichada Jane Charity Brown, la mujer que había dejado de morir en la horca para ir a parar a un destino mil veces más espantoso.

CAPÍTULO II

Sally despertó, al captar ese chillido.

No podía entender lo que sucedía, pero allí estaba. Atada, dentro de aquella urna de vidrio, de fantasmal iluminación.

Más allá, el laboratorio de su amo, el doctor Frankenstein… Y aquella espantosa visión alucinante, aquel ser hediondo que le había causado pavor y había provocado su desvanecimiento inmediato.

La mujer a quien había oído gritar a veces, sin duda, en las dependencias del doctor Frankenstein. Sally siempre creyó que allí se alojaba una enferma, acaso una demente. Pero no un monstruo, una mujer que casi ni parecía serlo.

Sin embargo, ahora la tenía nuevamente ante sí. No parecía capaz de causarle daño, atada a aquella mesa, pero su sola presencia la horrorizó. Y la existencia del laboratorio, la presencia de aquella otra mujer, joven y hermosa, en una mesa inmediata, gritando y agitándose en el paroxismo del horror, todavía le causó más pánico, más angustia. Como si algo infinitamente horrible, algo que su propia mente no podía concebir, estuviera a punto de desencadenarse en la mansión siniestra del médico suizo.

El médico…

Sally, clavando su mirada en el doctor Viktor Frankenstein, experimentó mayor terror del que jamás sintiera en su vida. Aquel hombre, en estos momentos, erguido en medio del laboratorio, entre la mujer monstruosa y la hermosa desconocida, le provocaba escalofríos.

Parecía la auténtica representación humana del Mal, en el momento mismo de disponerse a demostrar cuánto era el poder maléfico de su persona y de sus ideas.

Luego, le vio tomar unos inyectables. Los gritos de la muchacha hermosa no cesaron hasta que, momentos después de serle

inyectado algo, fue amodorrándose quedándose quieta, inmóvil, vencida. A merced de Frankenstein.

Mientras tanto, la otra mujer, la informe figura de la criatura que le causara tanto horror anteriormente, se dormía apaciblemente, sin resistencia, como deseando que el sueño llegara, y de él obtuviese algún beneficio insospechado…

Cuando Sally vio que el doctor Frankenstein tomaba un escalpelo y se disponía a hacer algo, su aversión instintiva creció de grado. Presentía algo horrible, que no sabía siquiera imaginar.

De súbito entendió en parte. Cuando el escalpelo cortó sobre la frente de la hermosa muchacha, y brotó la sangre, creyó que se desmayaría. Pero Sally fue muy valerosa, dentro de aquella urna de vidrio en que Frankenstein la tenía cautiva.

Tan valerosa, que sólo cuando la tapa craneal de Jane Charity Brown fue abierta, y su masa encefálica arrancada de allí y arrojada a un cubo de basura, la náusea y el horror de la infortunada doncella, provocaron su desvanecimiento absoluto.

Me preocupa…

—¿Qué le preocupa, doctor Frankenstein?

—Esa chica, Duval…

—Sí. Espiaba. Muriel la sorprendió, como usted sabe, y la asustó hasta causarle un desmayo. Ahora, sin duda, lo ha visto todo desde su urna. Por lo tanto sabe demasiado.

—Doctor, ¿por qué le ha dejado, entonces, en el laboratorio? Pudo haberse evitado que fuera testigo de la operación…

—Duval, amigo mío, no me importa eso, demasiado —rió suavemente, Frankenstein, lavando la sangre de sus manos—. Lo cierto es que es otra cosa lo que me preocupa de ella. Sally a fin de cuentas, jamás saldrá ya viva de aquí.

—¿Entonces…?

—Es que no sé qué hacer con ella. Mis ideas iniciales, eran de utilizar algo de su cuerpo para injertarlo a Muriel. Pero la llegada de Jane Charity lo resolvió todo. Ella ha sido el vehículo ideal: un cerebro viejo y conocido, el de mi esposa, para el cuerpo de una asesina sin demasiada inteligencia. El cambio ha sido perfecto, Duval. Dentro de unos meses, mi esposa volverá a ser una mujer hermosa, con un cuerpo sano y fuerte. Justamente, lo que un malhadado experimento mío le hizo perder en otro tiempo. Ello

impedirá ya su odio mortal hacia mí…

—¿Odio?

—Sí —sonrió Frankenstein—. Me odiaba ferozmente. Llegué a temerla. Por eso he cambiado su cerebro, de cuerpo. Muriel… Muriel es una mujer extraña. Espero que sane de todo eso, a partir de ahora, que será una bella *lady* Frankenstein.

—¿Extraña? ¿Quiere decir que estaba a punto de… de volverse loca?

—Algo peor, Duval. Muriel había estudiado extrañas artes ocultas; una forma de poder mortal muy peligroso Yo tenía miedo a esos poderes. Me amenazaba con destruirme, si no rectificaba el mal cometido. Ella… ella hubiera sido capaz de aniquilarme, si se lo propone, con la sola voluntad de su mente.

—¿Tanto la ama usted que le ha proporcionado, ahora, ese cuerpo?

Frankenstein miró a Duval fijamente. Habló con sequedad:

—Al contrario, amigo mío… La odio. La odio tanto o más que ella a mí.

Hubo un silencio en el laboratorio. Duval, perplejo, silabeó:

—¿Entonces…? ¿Por qué todo esto? Usted es un cirujano experto. Y un hombre que no se detiene ante nada. Pudo haber fingido la operación… y destruido entonces el cerebro de su esposa. Matarla bajo la anestesia no hubiera sido nada difícil para usted…

Frankenstein negó vivamente. Miraba con rara expresión el cuerpo inmóvil de Jane Charity… en cuyo cráneo se hallaba, ahora, alojado, el cerebro de Muriel Frankenstein.

—Mi querido amigo, eso es imposible —murmuró roncamente —. Muriel, antes de dormirse, era capaz de dejar flotando su fuerza mental en el vacío… Y proyectar esa fuerza sobre mí, apenas intentase nada contra su ser.

* * *

Sir Lawrence estaba preocupado. Muy preocupado.

Ya no había vuelto a salir embalaje alguno, del laboratorio. Tampoco había vuelto a ver desde su lugar de observación, a la pelirroja y bonita doncella de Frankenstein.

Los días pasaban. Duval se había ausentado. Ahora, el médico suizo se hallaba solo en la siniestra casa. Solo, con sus experimentos

secretos…

—¿Qué se ha hecho de Jane Charity Brown? ¿Y de la doncella? —Conway reflexionaba una y otra vez sobre ello, profundamente preocupado. Estaba dispuesto a intervenir de algún modo en el asunto, llegando hasta el fondo del mismo. Especialmente, por lo que se refería a la seguridad personal de aquella joven.

Fue, justamente, aquel día, cuanto resolvió hacer algo.

Cuando, a través de sus binoculares descubrió, saliendo del laboratorio, caminando dificultosamente, como convaleciente, apoyada en el propio doctor Frankenstein a Jane Charity Brown la mujer asesina, su antigua novia de Londres…

* * *

La lluvia había empezado a caer con fuerza, esa misma tarde.

Cuando *sir* Lawrence Conway llamó a la puerta de Las Cuatro Torres, el aguacero era muy fuerte, y una tormenta eléctrica hacía centellear las luces lívidas y cegadoras de los relámpagos, allá en el negro cielo nuboso.

La puerta se abrió lentamente. Era el propio doctor Frankenstein, en mangas de camisa, el que asomaba por la puerta, mirándole con desconfianza, sin abrir demasiado la pesada hoja de madera.

—¿Qué es lo que desea, señor? —preguntó.

—Perdone. Creo que me he extraviado con este temporal —dijo Conway con voz ronca, tosiendo fuertemente—. Mi… mi carruaje se escapó, al espantarse mi caballo ante el centelleo de una chispa eléctrica y no sé ahora a donde ir bajo el aguacero, donde pueda guarecerme dignamente.

—Hay edificios por aquí cerca. —Frankenstein le miró ceñudo —. Pero, de todos modos, caballero, su aspecto no me parece sospechoso. Puede entrar, si lo desea. Le serviré un café o un licor, para calentar un poco su aterido cuerpo. Luego, le puedo prestar un caballo y un carruaje mío, para que me lo devuelva al amainar el temporal. ¿Será suficiente?

—Será demasiado, señor, muchas gracias.

Entró, sacudiendo sus ropas. El doctor le señaló un salón amplio pero confortable, donde pudiera acomodarse. Se limitó a colgar en silencio su macferlán empapado. Luego, habló con calma:

—Mi nombre es Frankenstein. Doctor Viktor Frankenstein, caballero.

—El mío, Scott —dijo vivamente Conway—. John F. Scott, a su servicio.

—¿De Inglaterra, quizá? —preguntó, cautamente, Frankenstein.

—De Gales para ser exactos —rió suavemente Scott—. Pero llevo años en América, y ahora vengo desde allí, a Europa.

—Excelente país, América —murmuró Frankenstein—. Algún día lo visitaré.

Le sirvió café caliente y una copa de *brandy*. Conway no escuchaba voz alguna en derredor suyo, ni presencia humana de ningún tipo. Se preguntó, sorprendido, donde estaría Sally. La doncella pelirroja no había salido de la casa, que él supiera. La visión de una capa de mujer, oscura y modesta, colgada de la misma percha donde estaba su macferlán, le hizo comprobar que la doncella no estaba lejos de la vivienda.

Los ojos de Frankenstein advirtieron la dirección que seguía la mirada de Conway. Con vivacidad, habló el médico:

—Mi doncella está algo indispuesta, hoy —sonrió—. Me veo obligado a realizar los quehaceres de la casa. No me coge de sorpresa. Mi esposa estuvo enferma muchos años, y…

En ese momento, sonó un grito de mujer en alguna parte. Un grito agudo, lleno de dolor. Frankenstein se puso en pie, con rapidez.

—Disculpe —habló—, ¿le dije algo sobre mi esposa? Sus dolores persisten. Debo hacer también de enfermero. Un momento, se lo ruego. Cuando regrese, le prepararé el carruaje.

Era un modo discreto de despedirle. Conway asintió. Frankenstein, se ausentó, mientras se repetían los gritos. Estremeciéndose, Conway identificó el sonido ele aquella voz.

No era la doncella quien gritaba. Eran las cuerdas vocales de Jane Charity las que emitían aquellos sonidos.

El médico estaba ausente. Conway se marcharía pronto de allí. Éste era el momento de investigar, de descubrir algo. Cuando menos, lo que sucedía con la doncella. Y con Jane Charity.

Sigilosamente, partió en pos de Frankenstein.

Hacia el laboratorio…

El laboratorio.

Estaba allí dentro. La puerta, entreabierta. Frankenstein no temía que nadie pudiera estar presente, espiarle, asistir a su labor dentro del recinto secreto.

Asomó por la rendija. Descubrió algo.

Algo horrible. Jane Charity yacía en un lecho. A su lado, en una urna de vidrio, la pelirroja muchacha, la doncella de Frankenstein.

Era él quien estaba hablando. Se dirigía a Jane Charity:

—Muriel, no debes temer nada. Los dolores irán pasando… Estás bien. Muy bien.

—Viktor, si de nuevo fracasas… ¡te destruiré! —jadeó la paciente.

—Muriel, sabes que no habrá fracaso. No esta vez, querida. Todo eso quedó atrás. Tu mente sigue igual. Y tienes, en cambio, un cuerpo joven, fuerte, hermoso. Todo lo que te quité yo en aquel desdichado error. Muriel, cariño. Este cuerpo nuevo es magnífico para un cerebro como el tuyo.

—Un cerebro que puede destruirte, no lo olvides… —susurró ella, roncamente.

—Sí, sí, lo sé. No habrá lugar. No hay razón para ello. No necesitas destruir nada. Te he dado fuerza; nueva vida, mi amor.

—¡Amor! No mientas, Viktor. No me amas. Me odias. Acaso este nuevo cuerpo me haga deseable de nuevo a tus ojos, pero me odias con todas tus fuerzas… y yo a ti.

—Muriel, ¿aun así?

—Aun así, sí —afirmó ella. Miró a la urna donde yacía la joven pelirroja, con ojos dilatados por el terror—. Y con ella… ¿Con ella, qué piensas hacer?

—No sé aún… Más adelante… un experimento… Un nuevo trasplante, ya veré…

—Viktor, no quiero verla ahí. Tal vez ella te gusta. Es joven, bonita… Pero recuerda que ni siquiera es una doncella, sino una actriz. ¡Una bailarina y actriz de vaudeville…! No quiero que la tengas aquí, Viktor. La odio también. ¡Destrúyela!

—Está bien, Muriel. Lo haré. Pero del modo que me gusta hacerlo. Esta misma noche, si lo deseas.

—¡Sí, esta noche! Pero… ¿cómo, Viktor, cómo?

—Deja eso de mi cuenta —rió Frankenstein, irónico, mirando a la horrorizada Sally—. Tengo algunas ideas al respecto… Miembros

mutilados que funcionan bajo impulsos eléctricos… sin cerebro humano… Un estudio de ingenios mecánicos… con un cuerpo de mujer, cortado adecuadamente, separados sus miembros entre sí…

Dentro de la urna, Sally se retorció, horrorizada por la idea diabólica. Tal fue también el pavor, la angustia e incredulidad de Larry Conway… que sin querer, su presión sobre la puerta se acentuó nerviosamente. ¡Y ésta cedió, con un chirrido prolongado!

Frankenstein se volvió en el acto. Muriel también.

Y vieron al intruso, enmarcado en la entrada al laboratorio…

CAPÍTULO III

Conway supo que era el momento decisivo.

Si no actuaba con rapidez, sería víctima del diabólico monstruo al que se enfrentaba, ahora. Frankenstein, con ojos dilatados, avanzó hacia él. Muriel chilló en su lecho, bajo la nueva apariencia humana, y su mente trató de vencer a Conway.

Concentró sus ondas mentales en el joven alto, que se encaraba a ellos. Sally, desde la urna, logró gritar:

—¡Cuidado! ¡*Lady* Frankenstein es un monstruo! ¡Destruye con la mente…!

Conway empezaba a notar cierto aturdimiento mental. Debía ser cierto lo que gritaba la muchacha. Actuó, por lo tanto, para evitar el desastre…

Tomó una banqueta inmediata. La arrojó violentamente contra la falsa Jane Charity… Golpeó en el cráneo a la mujer yacente. Muriel chilló como un animal herido. Frankenstein, horrorizado, aulló:

—¡No, eso no! ¡Maldito sea, eso no…! ¡Ella… ella está recuperándose! ¡Ese golpe destrozará su cerebro, sus costuras interiores, sus nervios…!

Muriel se quedó rígida, con ojos desorbitados, tras una convulsión. Sus ojos se clavaban en Frankenstein. Sus labios, antes de la inmovilidad total, musitaron:

—Te… te odio… cerdo…

Y su último esfuerzo mental, antes de que nervios y venas, quebradas por el golpe, dejaran de regar de vitalidad aquel cerebro, mató a Frankenstein…

* * *

El diabólico doctor rodó por el suelo del laboratorio, sin vida.

La mente asesina de *lady* Frankenstein, le había eliminado súbita y totalmente… Era sólo un cadáver convulso el que rodó a los pies de *sir* Lawrence Conway.

Éste, sin ocuparse de más, corrió a la urna, quebró sus vidrios, y sacó de allí a Sally, llevándola en volandas lejos del horrible lugar donde tuviera afecto el trágico desenlace de tan siniestra peripecia…

—Vamos, vamos —jadeó—. ¡Fuera de esta casa, pronto…!, y que la policía se haga cargo de cuanto en ella encuentren.

Poco después, sin importarle la tormenta, trasladaba a Sally hacia el hotel, dejando atrás el edificio maldito…

FINAL

Y dijo el monstruo mirando a su creador:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué, amigo mío? Yo no te pedí vivir. Ahora que me has dado la vida, ¿para qué me hiciste tan horrible, tan odioso a todos los demás?

Mary W. Shelley. Frankenstein

El silencio se rompió lentamente:

—Gracias, *sir* Lawrence. Ha sido como un milagro…

La tormenta se alejaba. Conway sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No siga —rogó—. Está muy cansada, criatura. Debe seguir reposando. Todo eso ha quedado atrás.

—Por mucho tiempo que pase, nunca lo olvidaré. Aquella operación, aquel cerebro trasplantado de un cráneo a otro…

Cerró los ojos, con horror.

Conway acarició su frente, febril y sudorosa. Sacudió la cabeza, sonriente.

—No tema. Ya no existe Frankenstein. Ni *lady* Frankenstein, ese horror viviente que provocó, que quiso enmendar, y que hubiera terminado en otro horror parecido. Solamente Dios puede producir criaturas vivas e inteligentes. El hombre no puede nunca imitar a su Creador.

—De no ser por usted, su carrera de crímenes hubiera continuado, *sir* Lawrence.

—Pero no ha sido así. Todo acabó para Frankenstein. Y para nosotros.

—¡Dios mío! ¡Quisiera decirle algo, darle las gracias por cuanto ha hecho por mí, en esa terrible casa…!

—No se moleste, muchacha. Ha sido muy agradable poder intervenir en su ayuda, sacarla de ese pozo de horror sin fin… Créame: yo le aconsejo ahora que olvide, si es posible, todo cuanto

ha vivido en estos momentos tan tremendos.

—Olvidar… ¿Cree que es tan fácil olvidar una pesadilla así?

—Lo será, criatura —sonrió él—. Estoy seguro que lo será…

* * *

El barco se aproximaba ya a Dover.

Los blancos acantilados, en la distancia, eran como la meta soñada. Como el regreso a algo hermano y entrañable, que parecía perdido para siempre.

—Creo que nunca volveré a marcharme de mi país, Larry —dijo ella suavemente.

Conway sonrió. Sally y él habían intimado lo bastante en Suiza, durante el viaje de regreso, en tren o en barco, para hablarse de muy distinto modo ya. Acodados ambos en la borda, dejaban vagar su mirada por la distancia.

—Muchacha, no todos los hombres son Frankenstein en los países extranjeros, por suerte para las chicas que los encuentran en su camino.

—Pero tampoco todos son como tú…

—Bueno, digamos que hay gente buena y mala en todas partes. Yo tuve un desengaño tan terrible en mi propia tierra…

—Sí, lo comprendo, Jane Charity… —se estremeció Sally—. Pobre mujer, después de todo…

—Supongo que es preciso compadecerla. Hay destinos mil veces peores que la propia muerte. Hubiera sido mucho mejor para ella morir en Newgate aquel día. Todo hubiera terminado más piadosamente así…

—Espero que el doctor Kennington pague también sus culpas…

—Sí. Ése no tendrá la suerte de contar con la ayuda de un verdugo comprado… —sonrió pensativo *sir* Lawrence Conway—. Seguro que no, Sally…

Puso su mano en la borda, y tocó la de ella. Sally no retiró la mano. El tampoco. Se miraron.

—Larry…

—Sally, muchacha… Creo que no volverás nunca a ser doncella de nadie.

—No. Seré lo que siempre fui. Volveré al teatro, a mi ambiente, a mi mundo auténtico, Larry…

—No, no volverás tampoco a eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quedarás en Londres… a mi lado. Ni como doncella, ni como actriz, sino como… como *lady* Sally Conway…

—¡Oh, Larry! ¿Estás loco?

—Sí, querida. Por ti…

La atrajo hacia sí. La besó.

Y ella supo que no le importaba la posición de Larry, su fortuna, su título. Nada. Sólo él. Él, tal y como era…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.